

MONTE BEGO Y EL CULTO AL TORO EN LAS RELIGIONES DE LA PREHISTORIA DEL MEDITERRANEO OCCIDENTAL

JOSE MANUEL GOMEZ-TABANERA

Recientemente pude ver realizado un viejo deseo: conocer Monte Bego y la Cuenca de Las Maravillas, en los Alpes Meridionales franceses, en el retropaís de la Costa Azul.

Desde bastante tiempo atrás —unos veinte años—, me acuciaba el mismo, surgido de resultados de una serie de estudios emprendidos en la mocedad, en torno a un presunto culto al toro en la Prehistoria y Protohistoria de la Europa Occidental y que al expresarse de forma particular en la Península Ibérica, traería como secuela la aparición de relaciones hombre/animal en las que quizá se hayan alimentado las raíces de la ancestral tauromaquia ibérica, con la corrida institucionalizada en la Península, en el Midi francés e incluso, por extensión en Latinoamérica. La preocupación se iniciaría asimismo tiempo ha, de resultados de un diálogo casi sibilino mantenido en el transcurso de una tiente en el Escorial, con el inolvidable don José Ortega y Gasset. Preocupación ésta, que acució asimismo a otro finado amigo, Angel Álvarez de Miranda, que dedicó al tema algunos escritos.

Con el paso de los años fui dándome cuenta del *puzzle* gigantesco que significa ya, el mismo planteamiento metodológico del tema y que intenté infructuosamente en varias ocasiones. En una de ellas tuve empero un atisbo de luz para alguno de los problemas planteados. Fue, tras la animada conversación que pude mantener en Ampurias, Gerona, y en el desarrollo de unas jornadas arqueológicas con el estudioso italiano, hoy asimismo finado, Nino Lamboglia, seguida de una visita en Bordighera y en el Instituto Internacional de Estudios Ligures, que dirigía dicho estudioso, de una exposición de fotografías y calcos de petroglifos y arte rupestre de la región de Monte Bego, hasta hace pocos años territorio italiano. Lugar de cuya existencia no había tenido prácticamente idea hasta entonces y en el que, grabadas e insculpidas en la misma piedra y a la intemperie, podían admirarse decenas de miles de protomos o cabezas de toro y otros cornúpetas junto a otros simulacros de más o menos difícil interpretación o identificación.

Mi interés por los alpestres Monte Bego y Valle de Las Maravillas se acrecentaría más y más, tras conocer la documentación que sobre el mismo consulté en la misma Bordighera. así como en bibliotecas y archivos de diversos centros. Me di cuenta entonces que me enfrentaba con algo que no había sospechado: la existencia en el Mediterráneo Occidental de una especie de punto de confluencia de ciertos ideales que tuvieron expresión semiótica y cuyo estudio quizá pudiera darme respuesta al menos, a alguno de los interrogantes que me había ido planteando en torno a los orígenes de un presunto culto taurolátrico que empezó a manifestarse con el advenimiento de la llamada Edad del Bronce en toda la Cuenca Mediterránea, adquiriendo particulares caracteres en el que

habría de denominarse ámbito ibérico, así como en el Midi francés. Culto que llegaría a trascender al mundo histórico y cuyo conocimiento quizá me permitiera profundizar en los aspectos soterrados de una vieja religiosidad que aún aflora en el folklore hispano en ritos agrarios que han dado lugar hoy a las llamadas "corridos de toros". De aquí que antes de continuar mi investigación me impusiera hace ya años el conocimiento de Monte Bego y aledaños. Imponderables de una vida, la mía propia, me hicieron retrasar año tras año el proyecto e incluso dejar de lado mi investigación.

Finalmente, y como ya he dicho, pude visitar Monte Bego y el Valle de Las Maravillas, a la vez que desempolvar el estudio iniciado. Coincidiría ello con la aparición de un libro obra de mi viejo conocido, el ensayista y fabulador J. Sánchez Drago: *Gargoris y Habidis. Historia Mágica de España*. Libro en el que bajo una iconoclasta visión de historia-ficción, no exenta de interés para ciertas mentalidades, se replantean ciertos aspectos del acontecer de la historia hispánica. Obra discutida y discutible que quizá no sea justipreciada por la erudición académica y en la que encuentro que un tanto a trasmano, se me cita como un *connaisseur* del tema taurolátrico en su proyección paletnológica, dando a una serie de esbozos y trabajos míos a los que ha tenido acceso el autor, una importancia que no merecen. Trabajos a los que siempre he juzgado incompletos al no darse en los mismos una cronología que les diera rigor, y en los que se apunta la existencia en la Prehistoria y Protohistoria de la Península Ibérica de ciertas experiencias religiosas o místicas que confluyen en un presunto culto al toro germen de la hoy llamada "fiesta nacional".

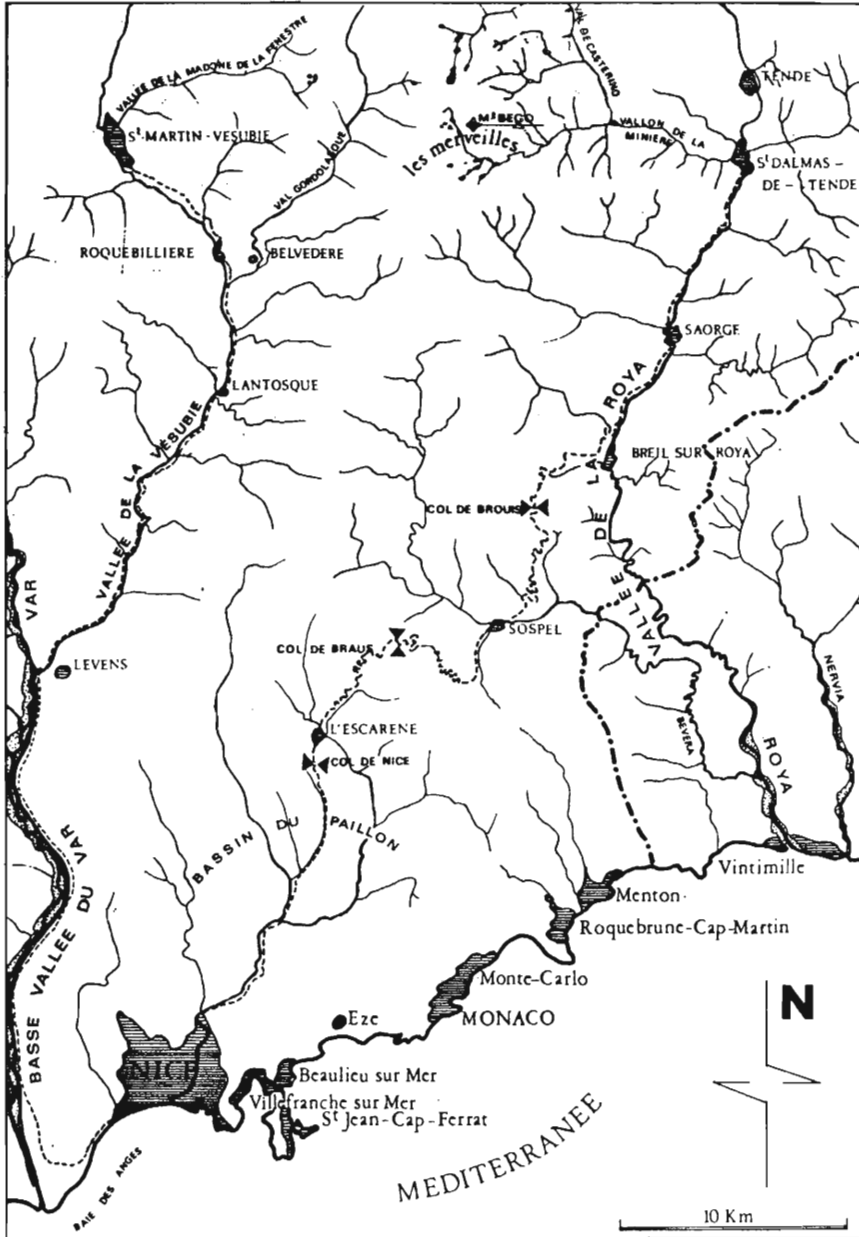
Paisaje apocalíptico

Tras este preliminar, que quizás explique un tanto el sentido de estas páginas, intentaré transmitir al lector la experiencia inolvidable de una visita a Monte Bego el pasado verano, que me dejó una impresión imborrable.

Monte Bego se encuentra en el corazón de los Alpes Marítimos franco-italicos, al W. de Saint-Martin de Tende, en el retro-país de la Costa Azul, a la que domina a la vez que preside el grandioso y apocalíptico paisaje que ofrece una región que durante milenios conoció el tránsito de decenas de culturas y en la que se aúnan valores mediterráneos de controvertida extracción y procedencia. Paisaje, en el que el hombre, nimiedad biológica se nos antoja quizá fuera de lugar entre los ventisqueros y heleros que durante varios meses al año y entre un mar de rocas sometidas noche y día al impacto inmisericorde de los elementos, erosionan su enorme osamente geológica. Mundo éste en el que vemos despuntar desafiantes picachos intentando rasgar un cielo de azules inenarrables y, muchos días, inclemente escenario de terroríficas tormentas. Región toda ella, un tanto tenebrosa si se tiene en cuenta el espejeo de cinabrio de sus lagos negros y profundos, apenas sin transparencia y ciertamente lúgubres cuando ni el sol ni la luna les prestan sus metálicos reflejos. Paisaje éste en el que de siempre, quizá se alberga el Demonio del Mediodía de mitología perenne, potenciando temores y tabues que se ciernen sobre los humanos que peregrinan al mismo. Paisaje éste, en fin, presidido por el monte Bego, rico y profundo en riquezas minerales a la vez que crisol y receptáculo de viejos mitos, miedos y supersticiones, alimentados desde la Prehistoria y antes de la llegada con los primeros colonizadores del culto a viejas deidades asiánicas y mediterráneas.

No es de extrañar, pues, que todo el ámbito de Monte Bego por su misma configuración apocalíptica y, si se quiere, terrorífica, se nos antoje como algo asimilable a un santuario natural a cielo abierto. Santuario en el que al igual que algún otro que años atrás pudimos visitar en el corazón de Turquía y en el que florecieron extraños cultos a deidades hititas del cielo y la tierra, se manifiestan éstas primero a los más viejos campesinos y pastores del lugar, hará unos seis milenios, y después, a los primeros metalúrgicos que osen dejar en su imponente osamenta pétreo la impronta de su paso y de su devoción, expresada en miles de glifos y esbozos votivos, ya realistas, ya esquemáticos, ya abstractos, que hoy constituyen el asombro tanto de legos como de "enterados".

Durante casi seis días acampé junto a Monte Bego, en el llamado Valle de Las Ma-



Mapa en el que se localiza Monte Bego y el Valle de Las Maravillas en los Alpes meridionales y frente a la Costa Azul francesa.

ravillas, transido de excitación y de emoción, trasgrediendo quizá el milenar tabú que hoy es mantenido con el pretexto de una presunta salvaguarda ecológica por la Gendarmería francesa, que sólo permite a visitantes, excursionistas y peregrinos pernoctar en el lugar, utilizando, ya el chalet *ad hoc* del Club Alpino Francés, ya el más selectivo Refugio de los Arqueólogos, levantado en 1928 por el arqueólogo italiano P. Barocelli y

que sería recientemente remozado, al ser transferido a Francia la región de Monte Bego, por H. de Lumley, a raíz de dos Congresos casi sucesivos, el de la INQUA y el de la UISPP, que impusieron el acondicionamiento de los accesos consistentes durante milenios, en una vieja pista utilizada por pastores, leñadores y mineros y por la que hoy un *jeep* puede ya transportarnos con relativa comodidad y desde Tende, a las mismas orillas del llamado Lago del Infierno, en el umbral de Las Maravillas.

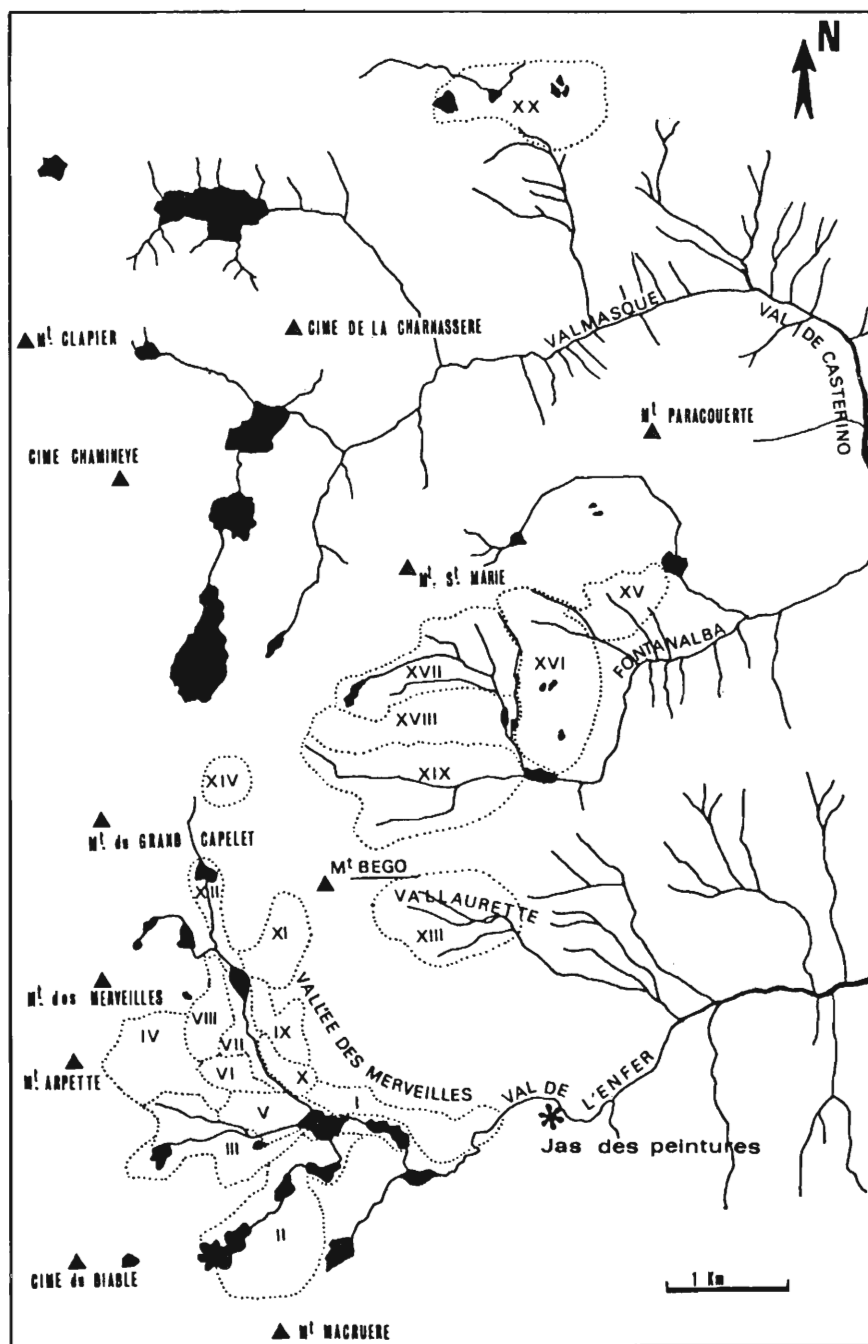
Sin embargo son todavía muchos los excursionistas que en aras de una experiencia inolvidable no dudan en emprender una marcha de aproximadamente ocho kilómetros que tras dos largas horas de camino y a través del sugerente paisaje que ofrece la llamada Cuenca de Los Mineros "Vallon de la Minière", hasta llegar a Las Maravillas. Existe por el N. y por Casterino otro acceso más fácil, siguiendo el curso del Beonia, pero éste sólo lo conocen los "enterados" y por el que con menor esfuerzo físico se llega hasta los lagos Verde, Negro y Blanco, la inolvidable guirnalda lacustre de la Cuenca o Valle cuyo nombre de *Las Maravillas —mirabilia—**, impuesto desde hace siglos en virtud de convenciones míticas y lingüísticas, nos predispone gravemente ante este escenario natural en el que parecen manifestarse los mismos prodigios que alimentaron una vieja religiosidad que encontró su base y templo en el lugar. La misma carta topográfica utilizada por nosotros con su toponimia, así como la que se da a lugares colindantes a esa presunta Montaña Sagrada que es Monte Bego, puede darnos noticia del cúmulo de supersticiones y temores que en el curso de los siglos pudo inspirar este lugar insólito y apocalíptico.

Así, y frente al mismo Monte Bego, se nos presenta la llamada Cima del Diablo, y el paso del mismo, que limita al W. con el denominado Lago del Infierno que, a su vez, se presenta delimitado por el que traducimos como Pico del Cuerno del Cabrón (Pointe de la Corne de Bouc). Otra denominación la de la llamada Cuenca del Valmasque, deja transparentar al viandante, aparte de connotaciones encontradas la presencia de temibles brujos y hechiceros (si se tiene en cuenta que *masque* en francés venía a significar "sorcier", (brujo), lo que da bastante que pensar... Topónimo éste, que quizá veamos repetirse en el llamado *Lac des Mescs* que alguno traduce como "Lago de las Mezclas", queriendo ver en el mismo la confluencia de distintas aguas alpestres. Explicación ésta que no se nos antoja demasiado clara. Aparte del Lago del Infierno está el de Trem cuyo nombre nos hace recordar el Tresp de nuestro Pirineo ildense, dándonos presunta constancia de viejos cataclismos. Hay otro nombre en el mapa que nos hace pensar: el de la llamada Cime de la Maladie, que asimismo nos hace evocar el del pirenaico Picacho de La Maladetta.

Tradiciones milenarias contenidas no sólo en atemporales consejas, sino también en la vieja historiografía que nutre al respecto la erudición local, e incluso diversos estudios contemporáneos de desigual valía son unánimes en declarar que desde siempre —o por lo menos desde los inicios de la Edad de los Metales— Monte Bego ha sido conocido como sede de terroríficas deidades de denominación perdida y de rostro inescrutable. Deidades omnipotentes que hoy, al igual que ayer, siguen manifestándose entre truenos, relámpagos y otros simulacros telúricos y meteóricos, a los escasos habitantes y viandantes del lugar. Indudablemente nos enfrentamos a muy viejas leyendas que no pudieron olvidarse en el siglo XII, a raíz de una Saboya cristianizada y que han seguido forjándose en el transcurso de los tiempos. Así, algunas nos presentarán al cornudo y diabólico Luzbel viviendo en las alturas y haciendo víctimas de sus cóleras a todos los mortales a los que muestra su faz infernal en temibles carátulas grabadas en la roca y en las que fácilmente puede identificarse su cornamenta.

Henos así ya, ante una explicación surgida del folklore local del porqué de las 40.000 testas grabadas de cornúpetas, bien conocidas por los pastores que desde tiempo inmemorial aprovechan las brañas (*alpaques*) del lugar. Figuras y simulacros de las que

* Bajo la denominación de *mirabilia*, se conoce un auténtico género literario que florece durante el Medioevo y que recoge todo tipo de consejas, relatos y leyendas maravillosas, en los que se mezcla, ignorando la perceptiva escolástica, una serie de observaciones recogidas con la misma razón.



Mapa de la región de Monte Bego y del Valle de Las Maravillas, al W. de St. Dalmas de Tende, con la indicación de las distintas zonas con petroglífos, según el establecimiento topográfico que ha resultado de las más recientes prospecciones. (Según H. de Lumley y otros, 1976.)

empieza a tomar conciencia la Europa del siglo XVII, a raíz de las noticias que de las mismas da el historiador liguor Gioffredo en su *Histoire des Alpes Maritimes* (1650), aprovechando la información que sobre dichos parajes le proporcionó el ingenuo cura de Belvedere, Onorato Laurenti, quien remontando la Cuenca del Godorlasque llegaría al Pas de l'Arpette, quedando asombrado del prodigioso espectáculo que le brindaba el mundo de las *mirabilia* insculpidas en la roca y de las que ya tenía noticia por los mismos pastores. Laurenti descendió turulato y durante días enteros y semanas no sabría más hablar que de las *mirabilia* que había entrevisto y en las que junto a los diabólicos protomos cornudos llegó a discernir grabadas, grandes espadas, águilas y estandartes... Con su grandielocuente verborrea daría alas a las viejas leyendas. No es de extrañar, por otra parte, que los más circunspectos tratadistas se encogieran de hombros y cuando consideraron en la supuesta "Maravillas", las asimilasen, como hizo E. F. Fodere en 1821, a supuestos restos de un trofeo levantado por el cartaginés Aníbal para conmemorar el paso de los Alpes.

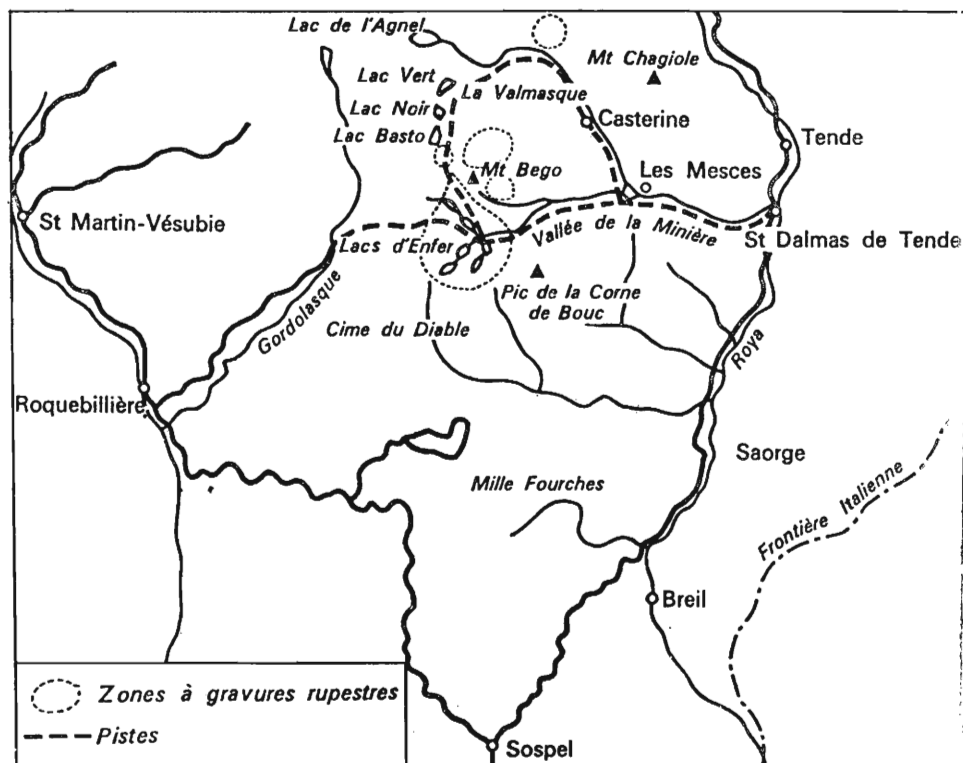
Los primeros desvelamientos

Transcurriría casi medio siglo, antes de que alguien pensase en llegarse al lugar y hacer investigaciones sobre el asunto. Sin embargo en 1868 tenemos ya al inglés Moggridge que pretende ver en Las Maravillas, jeroglíficos y restos de presuntas inscripciones prehistóricas. En 1875, se llegaría al lugar el doctor Henry, de Niza, que vuelve a hablar de cartagineses, a la vez que restos de glaciario y dos años después, en 1877, el arqueólogo francés E. Rivièrre, el primero que intuye el posible significado de dichos glifos, enmarcándolos en la Prehistoria, manteniendo con el doctor Henry una divertida polémica en torno a la prioridad de ciertos hallazgos. La comunicación que hace H. Rivièrre al Congreso de la Asociación Francesa para el Progreso de las Ciencias (1878), data ya los grabados —teniendo en cuenta la tipología de las armas figuradas—, en la Edad de Bronce, por lo que indudablemente le corresponde el mérito de integrar los grabados a partir de un determinado contexto cultural.*

En los años siguientes y tras las publicaciones de Henry y Rivièrre, sabemos de una serie de eruditos y anticuarios franceses, e italianos, que publican algunas notas y artículos tras la visita de los lugares, llegando a veces a conclusiones contradictorias que pasarán sin pena ni gloria.

Así llegamos a 1897, fecha en que arriba al lugar Clarence Bicknell (1844-1918), un inglés que estudió en Cambridge, más tarde pastor anglicano, botánico y trotamundos curioso y que hacia 1878, y por motivos de salud había decidido establecerse en Bordighera. Contaba a la sazón 34 años y muy pronto curado de sus males por la misma benignidad del clima mediterráneo, empezó a clasificar como mera distracción las especies botánicas de los Alpes Ligures, sobre las que publicó un primer trabajo en 1885. Cuatro años antes, en 1881, herborizando había ya tenido ocasión de visitar la zona de Monte Bego, la Cuenca de Fontalbalba en las cercanías del Lago Verde e incluso de conocer algunas muestras del arte rupestre de la región. No obstante, habrán de pasar bastantes años, hasta 1895, para que se decida a compartir su dedicación a la botánica con el estudio de los petroglifos alpinos, cuyos misterios le atraen irresistiblemente. En la labor de elaborar un inventario y una primera clasificación de los mismos le ayudará una mujer, Alicia Campbell, informal compañera de su celibato. Así transcurren los dos primeros años de un ingente trabajo, hasta que en 1897, tras pasar el verano en Casterino con su "valet" italiano Luigi Pollini, decidirá dedicarse plenamente y en detrimento de la Botánica, al estudio e inventario, dentro de lo posible, de todos los petroglifos de la zona. De esta forma, cinco años después, en 1902, ha registrado y calcado más de 2.500 gra-

* Posiblemente fue a partir de esta fecha, coincidente con el descubrimiento del arte rupestre de Altamira, en España por M. S. de Sautuola, cuando Rivièrre se plantea la posibilidad de un arte rupestre paleolítico.



Situación de Monte Bego y del Valle de Las Maravillas al N. de Niza y Barcelonette. (Según Clebert.)

bados, que le sirvieron de base a una primera publicación sobre el tema, ilustrada con veinticuatro láminas. En 1905 se hará construir en Casterino, en el inicio del camino a Val Fontanalba, un confortable chalet que facilita sus estancias en el lugar al igual que la de otros estudiosos y amigos interesados en los petroglifos alpinos y en la botánica. Es la casa de Fontanalba, destinada a hacerse célebre entre los "iniciados" de todo el mundo y cuyas paredes que habrían de sufrir los avatares de la última guerra se ofrecían deliciosamente decoradas, con frisos en los que aparecían hermanados glifos prehistóricos y flores alpinas junto a lemas y divisas en inglés y en esperanto. Así, por ejemplo: "Welcome be to every Guest" y con el que acogía a sus visitantes este pionero del ecologismo alpestre.

Bicknell dedicó pues su patrimonio, su esfuerzo, su existencia, su tiempo y su vida al mundo perdido de Monte Bego y Las Maravillas. Sucesivas y bien planeadas exploraciones le permitirán inventariar prácticamente todas las zonas con petroglifos desde Fontanalba hasta Valaurette, desde La Valmasque hasta Lartet, y desde el Sabione al mismo monte Bego. De esta forma va descubriendo para la ciencia arqueológica los célebres grabados antropomorfos de "El Cristo", "El jefe de la tribu" y "El brujo" que consideraremos más adelante y que han pasado a ilustrar numerosos libros de contenido arqueológico, a la vez que conocen la visita anual de innumerables turistas y curiosos.

En 1913, Bicknell había inventariado ya, a la vez que calcado o reproducido más de 14.000 figuras entre las que aparte de innumerables "signos cornudos", figuraban distintos tipos de armas, varias representaciones de antropomorfos, presuntos signos astrá-

les, figuraciones de cuadrúpedos, aves y otra fauna más o menos monstruosa, yuntas de reses portando aperos e, incluso, un sin fin de figuraciones geométricas —los famosos *enclos*, a la vez que muchos más grabados, incluso de clara filiación histórica, que daban razón a aquellos que afirmaban la presencia del hombre en Monte Bego durante milenios, incluso trascendiendo a la misma Edad Moderna.

Toda esta impresionante documentación sería trasladada en 1918 y a la muerte de Bicknell, desde su chalet de Fontanalba a Bordighera, al Museo que habrá de llevar su nombre y en el que, años más tarde, establece su sede el Instituto Internacional de Estudios Ligures, fundación del arqueólogo italiano N. Lamboglia y hoy regido por la admirable estudiosa catalana Francisca Pallarés.

La desaparición de Bicknell no entrañó, ni mucho menos, la interrupción de su obra. Todo lo contrario; su conocimiento y difusión estimularía su continuación, que asumirá Italia, a cuyo territorio nacional pertenecía la zona. Así, como se ha dicho, el arqueólogo P. Barocelli, Superintendente de Antigüedades, de Piamonte y Liguria, promocionará, con vistas a facilitar las prospecciones en el Valle de Las Maravillas, el ya citado *Albergue de los Arqueólogos*. De esta forma también, y desde 1927 hasta 1942, la indagación es proseguida entusiastamente por el escultor italiano Carlo Conti que llega a inventariar, calcar y reproducir otros 36.000 grabados.

El estallido de la II Guerra Mundial y la derrota del Eje, traería como consecuencia diversos ajustes territoriales en las fronteras franco-italianas, y con ellos la incorporación a Francia de la región de Monte Bego, rica en minerales estratégicos. Pronto, a la labor que han venido desarrollando los arqueólogos italianos y en las últimas décadas, se sumará la de diversos especialistas franceses y de otros países. A partir de 1967 la universidad de Marsella asumirá el estudio de la zona.

La planificación de los trabajos

Anteriormente tuvimos ocasión de citar a Carlo Conti, el escultor piamontés que se había impuesto la continuación de los trabajos y que durante más de 15 años había proseguido la labor de Bicknell. Pudo así trazarse un mapa arqueológico de la región, diferenciado veinte zonas concretas con grabados y en 1939, poco antes de estallar la II Guerra Mundial, presentar en Bordighera parte de la ingente obra realizada, a la vez que un primer intento científico de integrar a los petroglifos de Monte Bego en la Prehistoria europea, distinguiendo cinco períodos:

- Un primer período que Conti denominará “Pre-Maravillas”, quizá correspondiente a finales del Mesolítico, con grabados muy finos, poco perceptibles o casi borrados hacia el IV milenio a. de C.).
- Un segundo período que coincide con el Neolítico, con grabados asimismo muy borrados por la erosión geológica y ejecutados por percusión con un pico lítico, que se localizan en torno a los mayores lagos de la zona (a asignar en el III milenio a. de C.).
- Un tercer período, ya en la Edad del Bronce y en el que muy posiblemente los grabados son realizados mediante una punta metálica. Se efectúan series de puntillados, constituyendo el contorno de las figuras e incluso rellenándolas (a asignar entre 1800 y 1000 a. de C.).
- Un cuarto período a ubicar en la Edad de Hierro, en el que los grabados se presentan ejecutados mediante un trepano metálico y una punta de 1 mm. de diámetro.
- Finalmente se registraría un quinto período que abarcaría desde la romanización hasta períodos objeto de la historiografía local. Para su delimitación inicial habría de tenerse en cuenta que mientras el litoral ligur va conociendo una paulatina latinización, el retro país alpestre sigue siendo bárbaro. Los trazos se ejecutarán mediante una “punta metálica utilizada en zig zag”.

Esta clasificación hecha hace más de 40 años pasaría a hacerse clásica siendo revisada años después y a partir de 1967 por diversos estudiosos, entre los que podríamos recordar aquí a E. Anati, especialista bien conocido tras sus estudios del arte rupestre alpino de Val Camonica (Brescia, Italia) y otros parajes, así como los de M. Louis y J. Segni, y sobre todo más recientemente por H. de Lumley, director de las misiones arqueológicas de la universidad de Marsella.

Con la anexión de Monte Bego a Francia y por motivos obvios e incluso con cierta frustración, Conti dejaría sus trabajos. Antes, sin embargo, llevaría a cabo un importante estudio en el llamado "Gias del Ciari", donde pudo descubrir un abrigo con un yacimiento arqueológico que permitió ya, probar documentalmente la frecuentación del lugar y en la Edad del Bronce, de diversas gentes pastoriles. Junto a restos de pitanza y de hogar pudo incluso identificarse un fragmento de cerámica a remitir a la llamada *cultura de Lagozza*. Documento éste, que nos da ya indudablemente una pauta cronológica para poder hablar, hoy en 1980, de cuando empieza a manifestarse, la que podríamos llamar "mística del Monte Bego", al ser identificado como un santuario natural, sede de una deidad omnipotente y omnipresente, en la que en virtud de la interacción cultural se aunarán virtualidades, fruto de creencias que ya han hecho eclosión en las Altas Culturas de Anatolia y Asia Anterior. Divinidad ésta que sus devotos imaginan bajo epifanías taurinas, pero también antropomorfa/cornuda, como tantas deidades mesopotámicas, anatólicas, sirio-palestinas, chipriotas u cretenses, veneradas a partir del VII milenio —según ha puesto de manifiesto el hipogeo templario de Chatal-Juyuc en Turquía— y que nos permite pensar en la translación desde el Próximo Oriente, al Mediterráneo occidental, de particulares experiencias metalúrgicas, que llegando al Midi, y a la Península Ibérica (El Argar), logran asimismo expresarse en Unetice (Checoslovaquia), Straubing (Baviera), Cuencas del Rin y del Ródano, pero asimismo, en diversos focos atlánticos e Irlanda. De aquí, que Monte Bego, fabuloso "carrefour" del encuentro del Próximo Oriente con una Europa occidental ganada para los idearios metalúrgicos, se constituya en testigo de una nueva Era.

Legados de la Edad del Bronce

Ya en 1964, M. Louis y G. Isseti en su guía *Les Gravures Préhistoriques du Mont Bego*, publicada por el I.N.E.L. de Bordighera, estimaban que "estos grabados se remontan al alba de la civilización del metal, abarcando la totalidad de la Edad del Bronce y quizás el inicio de la del Hierro". Y, puntualizando más, escribían: "Muy probablemente en la primera mitad de la Edad del Bronce, fue cuando Monte Bego, conoció el gran desarrollo de su iconografía".

Tal punto de vista se nos presenta un tanto difuso e incluso obsoleto, al reposar en periodificaciones clásicas cual las de O. Montelius y J. Dechelette, que en los últimos lustros han ido siendo renovadas por reelaboraciones del tipo del de las de J. Briard, J. P. Millote, A. Muller-Karpe, J. J. Hatt, C. Renfrew y otros, aparte de los naturales ajustes impuestos casi siempre por las situaciones geográficas y las adaptaciones que hacen que la estructura cronológica de una periodificación de la Edad del Bronce para el Mediterráneo occidental, varíe según la edifiquemos concretamente para éste, antes que para otros lugares de Europa o el mismo Próximo Oriente. En el caso particular de Monte Bego, disintiendo de hablar globalmente de una Edad del Bronce como hace nuestros más conspicuos tratadistas incluyendo en la misma el horizonte del cobre, quizá podamos diferenciar un Calcolítico/Eneolítico entre el 2800 y 1800 a. de C.; El Bronce Antiguo entre 1800 y 1500 a. de C.; el Bronce Medio entre 1500 y 1300 a. de C. y el Bronce Final, aunque imbricado ya en la Edad de Hierro entre 1300 y 800 a. de C. Cronología ésta, que posiblemente puede sustentarse en un examen minucioso e identificación de muchas de las armas, sobre todo alabardas y puñales que se nos presentan figurados en los petroglifos de Monte Bego.



Cambelas y alabardas que aparecen figuradas en Monte Bego.
 Clave de localización según los inventarios establecidos por H. de Lumley y colaboradores:
 1:ZIV, GII, R22B₁; 2:Autel, U21, 733; 3:ZVIII, GIV, R4(1), 1;4:ZVIII, GVII, R1(4), 6;5:ZVIII,
 GVIII, R6; 6:ZVIII, GVII, R6(1), 5;7:ZIV, GII, R4B2.

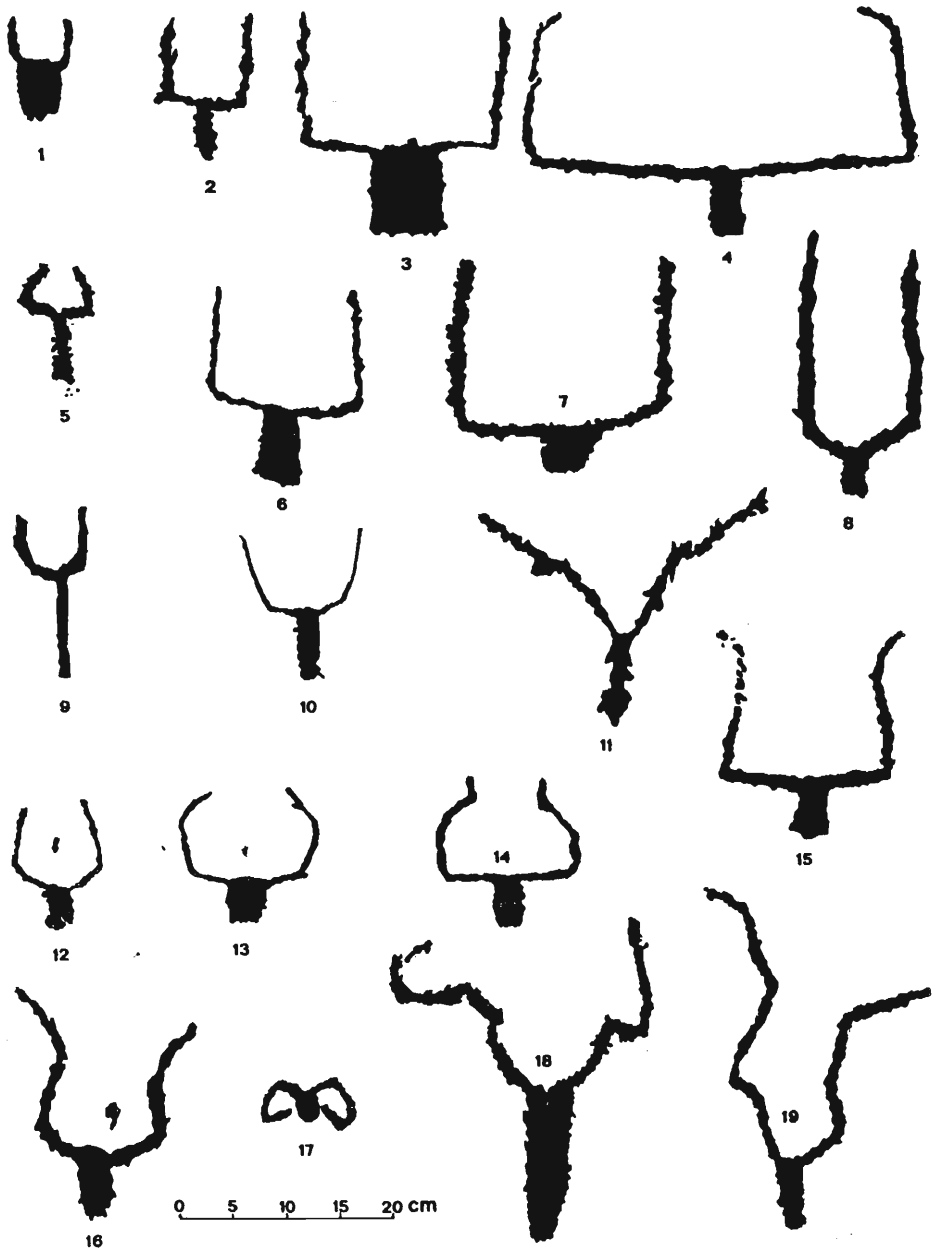
Las alabardas a las que Mortillet denominó *pic d'armes* (1903), J. Dechelette *haches poignars*, los arqueólogos alemanes *Schwrtstab* y, finalmente, J. Evans denominaría *weapons* que viene a corresponder exactamente a la denominación española de *alabarda*, constituyen desde los primeros hallazgos de las mismas por parte de H. y L. Siret en el S. E. de la Península Ibérica (en la llamada Cultura de El Argar que se manifiesta particularmente en Almería), un enigma genético aún no aclarado, aun cuando tempranamente y dentro del Bronce Antiguo, se han encontrado, aparte de la Península Ibérica e Islas Británicas, en diversas regiones de la Europa Central y Nórdica. Ignoramos cómo pudo llegar su figuración a Monte Bego, tan misteriosa, si cabe, como las que aparecen en la hispánica Galicia. Su presencia presenta un problema aún irresoluto de confluencias culturales, ya que lo mismo pudieron llegar a la Liguria desde El Argar, que desde las islas Británicas y Europa Central, traídas por gentes, ya conocedoras del metal. Empezará a caer en desuso con la aparición de la espada en la transición entre Bronce Antiguo y Medio.

Por lo que se refiere a los puñales, su identificación tipológica se nos presenta más aleatoria dadas las dificultades que entraña la identificación de algunos tipos, incluso admitiendo la existencia de puñales en sílex, que, con la conquista del metal, darán lugar a tipos concretos. Es, por otra parte, característico un tipo de puñal, al parecer con mango o pomo de madera, que se manifiesta en el horizonte cultural de Unetice, como el encontrado en Drenthe, Holanda y en el que J. Briard ha llamado la atención, fijándose en las dos pequeñas líneas transversales de clavos o remaches de estaño, al igual que bastantes de los tipos que aparecerán figurados en el Valle de Las Maravillas donde incluso cabe quizás identificar puñales del grupo del Ródano.

Por otra parte, pese a los intentos llevados hasta la fecha, puede decirse que no se ha impuesto definitivamente una ordenación cronológica de todos los simulacros que aparecen reflejados en Monte Bego, quizá por el mismo universo animológico al que pertenecen o pueden ser integrados y en el que independientemente de las conquistas tecnológicas parece verse inmerso el hombre desde sus primeros atisbos del metal hasta su misma entrada en la Historia escrita.

En el alba de una vieja religión

Todo esto nos incita hacia una reconstrucción del universo de Monte Bego, partiendo no sólo de las puntualizaciones cronológicas que nos brinda el análisis tipológico de los documentos figurados en relación con la evidencia arqueológica, sino también teniendo en cuenta otra serie de evidencias cuyo tratado más que a la Arqueología Prehistórica, quizá corresponda a la Antropología Religiosa e Historia de las Religiones, al haber convergido en Monte Bego no sólo mitos de diversa extracción, sino asimismo ritos cultos y religiones varias. Los primeros indicios de esto, quizá nos los dé el mismo nombre de Monte Bego, topónimo lleno de interrogantes, ya que a la vez de vincularse al de Bag de estirpe asiática quizá habría que recordar el de la divinidad vasco-pirenaica Bairgorix, venerada por los pastores eneolíticos que empiezan a llegar a los Pirineos atlánticos entre el IV-III milenio a. de C. e incluso con ciertas poblaciones euskaras. Y finalmente el nombre de Vegoia o Bégoé, el numen femenino etrusco, que enseñó la llamada *Ars fulguratoria* (arte de interpretar rayos, relámpagos y meteoros) pero también iniciadora de los bromáticos y agrimensores etruscos, que serán maestros de los romanos. Por otra parte, y antes de introducirnos en el resbaladizo mundo de la reconstrucción de un mundo perdido, quizá fuera interesante tener en cuenta la misma temática de los petroglifos conocidos, inventariados y clasificados y entre los que simplificando las tipologías que han venido haciéndose de los mismos, de acuerdo con una reciente elaboración de E. Anati podríamos diferenciar en: a) animales; b) armas y útiles; c) figuras antropomórficas y d) figuras geométricas. Del análisis de las mismas y de las connotaciones que puedan derivarse de sus estudios quizás algún día pueda hilarse la madeja y con ella conseguir el ovillo.



Tipos diversos de corniformes. Los números 12, 13 y 16 presentan un punto con significación desconocida en el espacio intercornamental.

Corresponden a los especímenes correspondientes al siguiente inventario establecido por H. de Lumley y colaboradores:

1:ZIV, GIV, R1B, 1; 2:ZIV, GV, R2A, 9; 3:ZIV, GIII, R22B2, 4; 4:ZVIII, GVII, R2, 23; 5:ZIV, GIV, RIC, 1; 6:ZIV, GII, R8B, 2; 7:ZIV, GI, R8, 7; 8:ZIV, GV, R8, 1; 9:ZIV, GIV, R2A, 3; 10:ZIV, GII, R19, 5; 11:ZIV, GIV, R2B, 2; 12:ZIV, GII, R9B, 8; 13:ZIV, GII, R19, 47; 14:ZIV, GIII, R15A, 25; 15:ZIV, GIV, R12C, 3; 16:ZIV, GIV, R10A, 19; 17:ZIV, GIII, R12A, 14; 18:ZIV, GV, R1F, 18; 19:ZIV, GV, R8, 2.

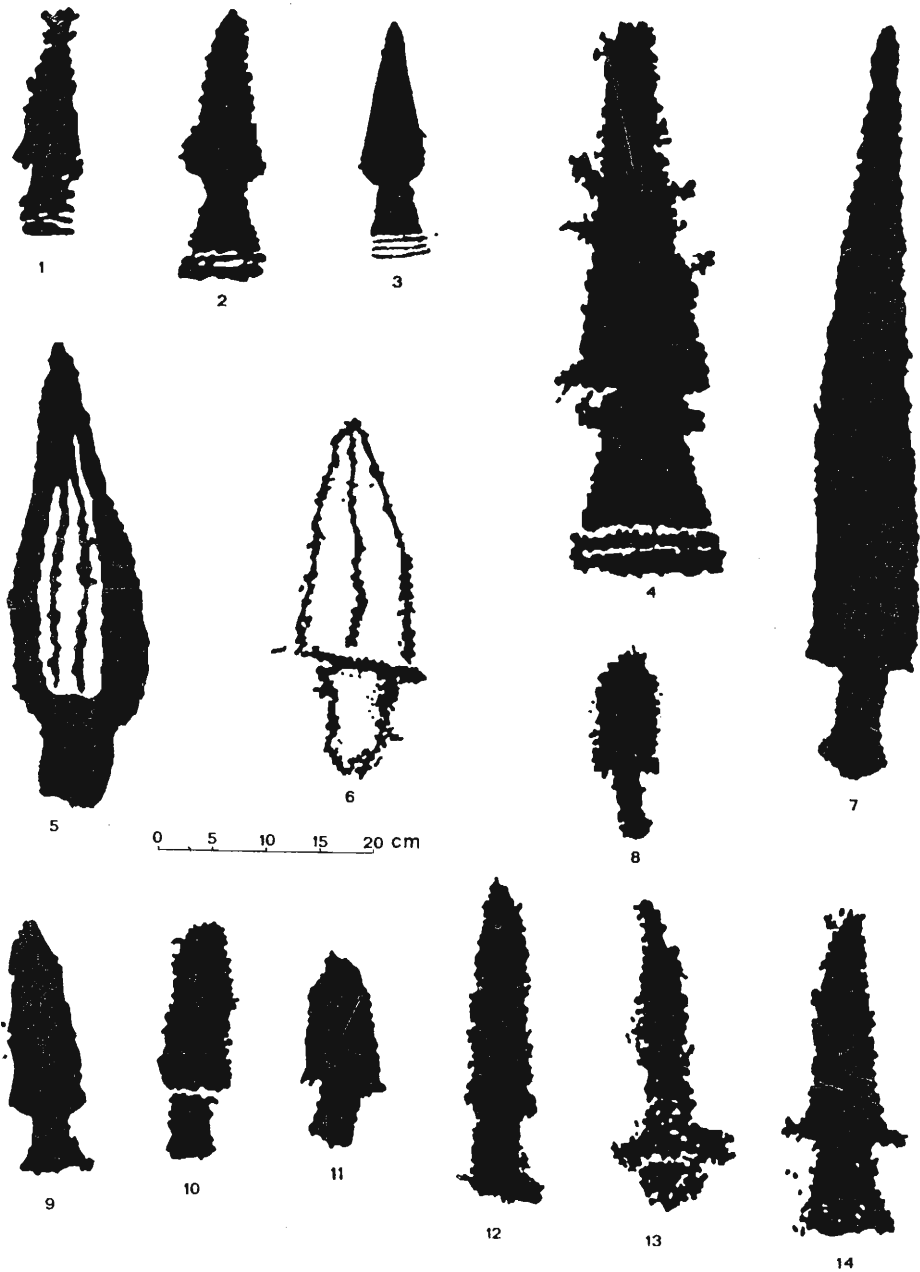
a) *Animales*. Indudablemente se presentan como más numerosos los llamados corniformes o figuras cornudas y que totalizan un 46 % del número total de los grabados. La figuración, con carácter protómica, viene a consistir básicamente en una forma geométrica plena (un círculo, un polígono, etc., etc.) en la que la parte superior se le han trazado dos cuernos, y en ocasiones unas presuntas orejas. En diversas figuras aparece representado un bóvido completo, incluso con su cola y extremidades y se ha discernido en ellas caracteres anatómicos.* Desde Bicknell los arqueólogos han intentado su clasificación teniendo en cuenta su morfología (cuerpo, cuernos y apéndices) y apelando a diversos expedientes, ya a la categoría de las mismas representaciones, ya a los mismos atributos del conjunto. Entre las clasificaciones cabrían recordarse las del abate Hirigoyen y H. de Lumley. En este último encontramos tres categorías, cuerpos, cuernos y aperos anexos. Los cuernos se clasifican en cornamenta de un segmento, dos segmentos y sinuosas, todas ellas con variantes. Particular interés nos merecen representaciones que presentan varios pares de cuernos superpuestos decrecientemente y que nos hacen pensar en conocidos simulacros del ámbito asiático y mesopotámico. Se dan asimismo bastantes cornamentas ramificadas e incluso zigzageantes que nos hacen pensar además de bóvidos, en otras especies: ciervos, antílopes, muflones, íbices y otros cápridos.

Es indudable que el cuerno en sí, o el mismo protomo como *sema* icónico, alcanzó un particular significado en el Bronce de Monte Bego, que cabe relacionar no sólo con concretas divinidades asiáticas objeto de culto por parte de metalúrgicos orientales y locales del panteón sumero-babilónico, sino, asimismo, al dios hitita Tesuhup, señor del cielo, del huracán, del viento y de los rayos, pero también con la divinidad asirio-babilónica Enlil, cuyo templo en Nippur —“la Casa de la Montaña”—, harto significativo, confirma tanto su origen celeste, como su función metereológica, dado que la Montaña, y en nuestro caso concreto, Monte Bego, viene a convertirse, como tantas otras del Mundo Antiguo, en símbolo de la divinidad celeste suprema.

Divinidad que se expresará asimismo en epifanías taurinas. Así el dios El, del panteón paleo-fenicio, denominado “toro” (*Shor*), pero también Ba'al, que conocemos por la Biblia, y Hadad divinidad salvaje taurina cuyas virtualidades encontramos asimismo en el asirio Beel, calificado de “Toro Divino” también llamado Gu “el bovino”, o “el gran carnero”. Claro que en este orden de ideas tampoco habría que olvidar que Hadad en su tauromorfismo, lleva implícito el signo del rayo que adquiere la forma de cuernos rituales y que el dios egipcio Min, prototipo de Ammon, calificado de “toro de su Madre” y “Gran Toro” presenta como uno de sus atributos el rayo y su función pluviogénica aparece clara en su epíteto “el que rasga la nube de lluvia”.

Podrían traerse así, aquí, decenas de divinidades orientales metereológicas genésico-fecundantes y ctónicas, que a partir del 7000 a. de C., empiezan a ser objeto de cultos particulares en el Creciente Fértil y que por traslación ideológica encontraremos ya en el Bronce Inicial en Monte Bego, junto con la representación de las alabardas del tipo de El Argar y los primeros puñales triangulares. Ello supone pensar que, a partir de la llegada a la Península Ibérica de las gentes de El Argar —las mismas que imponen cierta semiótica, no sólo en Monte Bego sino concretamente en la región Levantina—, puede quizás hablarse —entre 1700-100 a. de C., de un claro culto al toro—, que situamos a caballo entre el Bronce Antiguo y Medio, coincidiendo en el S.E., español con ciertas expresiones significativas de la cultura argárica, a las que no son ajenos ciertos focos iniciales europeos, que, asimismo pudieron tener sus raíces en el mundo anatólico y Creciente Fértil. Manifestaciones que quizás adquirieron en la Península Ibérica una cierta trascendencia cültica que, incluso, puede aflorar a determinadas manifestaciones de la llamada pintura rupestre del Levante español que trasciende al Neo-eneolítico, con representaciones de toros y tauromaquias del tipo de las que hace ya bastantes años nos presentó T. Ortego, así como otras, recientemente revisadas por F. Jordá, quizá más posteriores. La asociación que se presenta asimismo en Monte Bego de una yunta

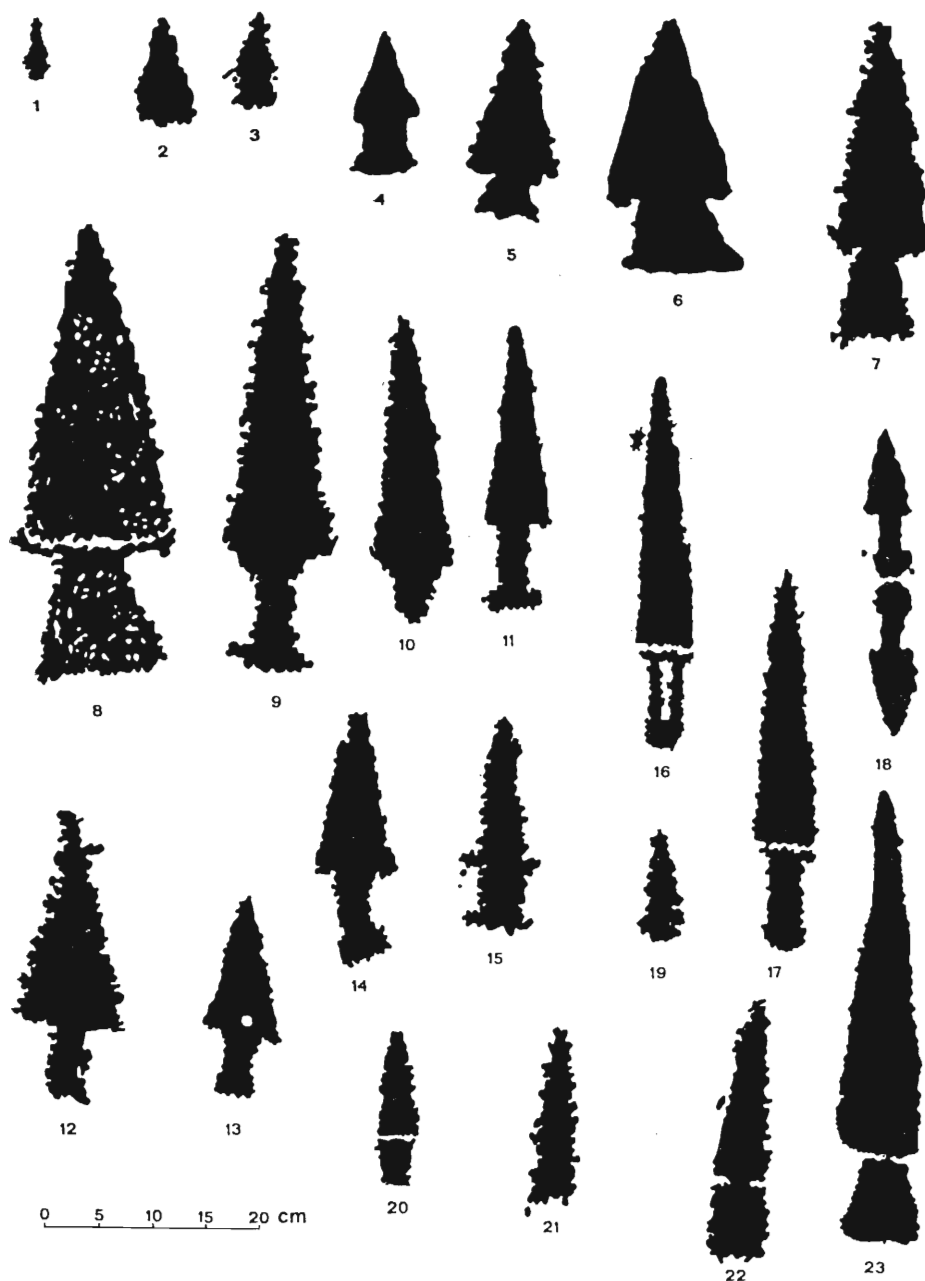
* Denominamos *Imágenes anatómicas* aquellas que presentan una figuración ambivalente que se percibe desde distinto ángulo de visión o perspectiva, por lo que son también conocidas como figuras duales.



Diferentes tipos de puñales que aparecen insculpidos en Monte Bego. mediante técnica de repiqueteo sobre la roca 1 a 4, Hojas triangulares, mango trapezoidal rematado por líneas paralelas; 5, 6, nervaduras indicadas sobre la hoja 8, 9, 10, 11, hojas redondeadas; 12, 13, 14 hojas de borde sinuoso 7, hoja muy larga de bordes convexos.

Clave de localización según los inventarios topográficos establecidos por H. de Lumley y colaboradores:

1:Autel, W23, 571; 2:ZVIII, GVII, R2, 1; 3:ZIV, GIV, R12B, 6; 4:Autel, W19, 865; 5:ZIV; GIII, R21E, 2; 6:ZIV, GIII, R13B, 3; 7:ZIX, GII, R4; 8:Autel, K23, 310; 9:Autel, X19; 876; 10:ZIV, GIII, RZZA, 10; 11:ZIV, GIII, RZ1E 2, 2; 12:ZIV, GIII, R19C, 36; 13:ZIV, GG, R7C, 2; 14:ZVIII, GVII, R1 (2), 4.



Diferentes tipos de puñales que aparecen figurados en Monte Bego, por técnica de repiqueo sobre la roca: 1 y 2, lámina triangular, sin mango; de 3 a 8, lámina triangular, mango trapezoidal sin pomo; 9, 10, 11, 16, 17, 18, lámina triangular, mango estrecho y pomo rectangular y globuloso; 12 y 13, lámina triangular de mango estrecho sin pomo; 19 a 23, lámina triangular de mango ancho. (Según H. de Lumley otros, 1976)

Localización según los inventarios topográficos establecidos por H. de Lumley y colabs.: 1:ZIV, GIII, R7E, 10; 2:ZVIII, GVII, R16 (3), 2; 3:ZIV, GIII, R8, 1; 4:ZIV, GVI, R18, 10; 5: Autel, H35, 474; 6:ZIV, GV, R4D, 27; 7:Autel, X17, 1010; 8:ZVIII, GIX, R5, 7; 9:ZVIII, GVIII, R6, 1; 10:Autel, V24, 495; 11:ZIV, GIII, RBC, 2; 12:Autel, Z16 1084; 13:ZIV, GIII, R7E, 12; 14:ZIV, GIII, R10A, 19; 15:ZVII, G1, R2, 1; 16:ZIV, GII, R14B, 20; 20:ZIV, GIII, R11F, 1; 21: ZVIII, GVII, R1(4), 2; 22:ZVIII, GII, R3(3), 2; 23:ZIV, GIV, R15A, 5.

o pareja de bóvidos uncidos y tirando, ya de una narria, ya de un arado nos da luz sobre la economía agropecuaria de los artífices, semejante a la de los chipriotas que en el Bronce Inicial utilizaban al toro para sus labores, haciéndole símbolo de un dios fecundo y agrario, cuya bendición y propiación se buscaba en la ceremonia ritual de roturar los campos. Claro está, que a veces en el mundo anatólico, lo que se pretendía domeñar era a los dos toros divinos Seris y Hurris, de origen hurrita, "variantes" tribales dioscúridas del dios de las tormentas, al que, al igual que otras divinidades, se le rendía culto en aras corniformes, que son utilizadas asimismo en diversos lugares del Creciente Fértil y del mundo egeo, con diversos significados.

Con el tiempo es muy posible que el contenido ideológico de todas estas representaciones, van conociendo al igual que en los "corniformes" de Monte Bego, las trasferencias e innovaciones que conocen ciertas ideas religiosas que han presidido el culto en la Montaña Sagrada, así como en el Valle de Las Maravillas, considerado como santuario a la intemperie en el que, en todo tiempo, se ha manifestado la Divinidad a través de muy distintas hierofanías y que es objeto a la vez que de devoción, de cultos particulares. No puede extrañarnos pues que con el tiempo, en el lugar, y cuya sacralidad es aceptada, tanto por ligures como por celto-alpinos se llegue a rendir culto incluso al dios celta Cernunos; que se ha utilizado para cultos místicos o adivinatorios por los etruscos, e incluso, ya en épocas históricas, conozca determinados rituales de la religión mithraica junto con las celebraciones que llevan a cabo los nativos en el curso de sus trashumanancias estacionales, con cultos y ritos a una divinidad cornuda local...

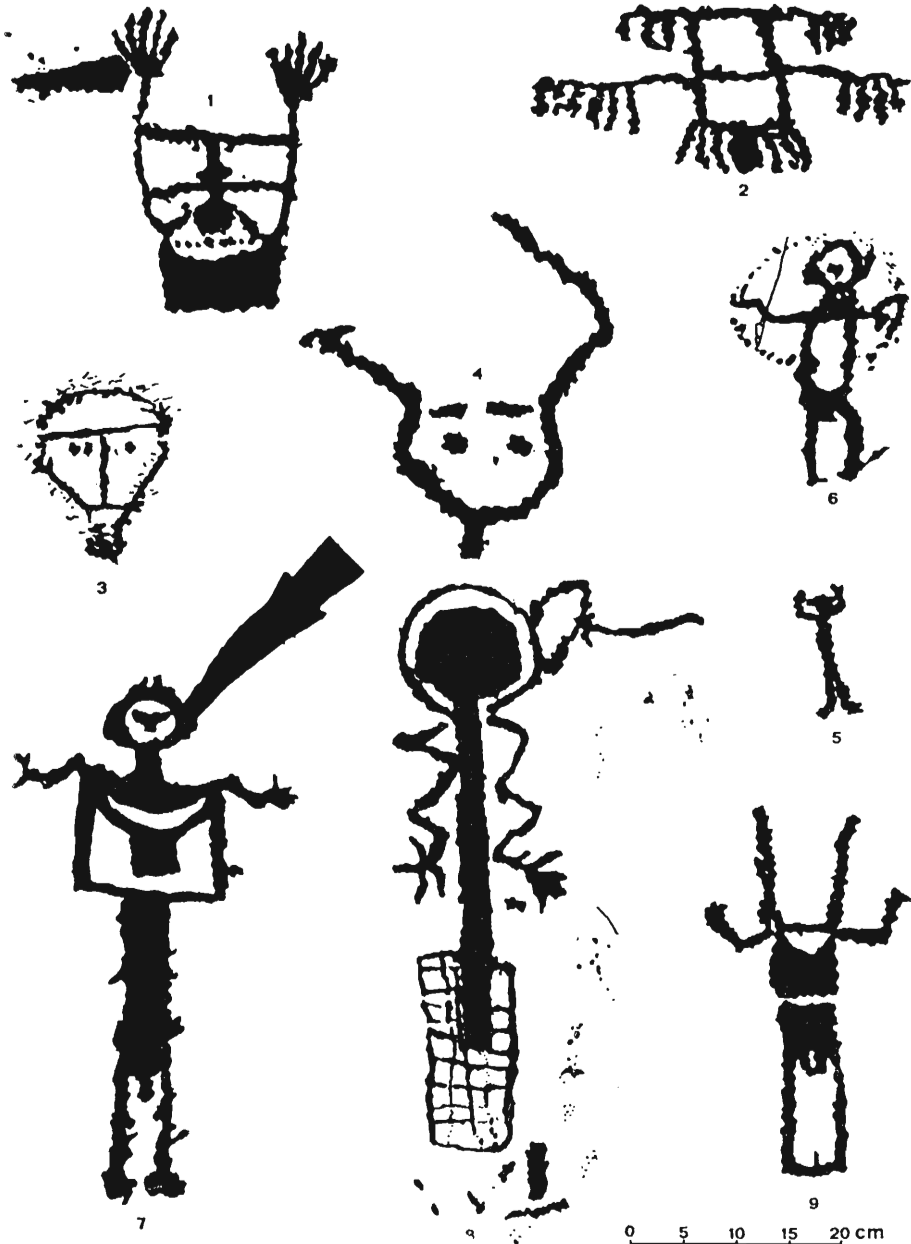
Al lado de los corniformes se ha pretendido identificar otros animales, tales como serpientes, que quizá sólo fueran espirales de difícil interpretación, aun cuando Louis e Isetti, no descartan, teniendo en cuenta el culto que se rinde a la misma en determinadas regiones mediterráneas durante el Eneolítico en todo el mundo mediterráneo y la abundancia de víboras en la región, que haya podido ser representada por motivos obvios. Otro tanto, pasa con las supuestas figuraciones de escorpiones, ejecutadas quizás a partir de corniformes. También diversas asociaciones de grabados, cuya figura quizá nos evoca a un buitre con las alas desplegadas u otra ave con significado psicopompo y cuyas características anatómicas apenas nos dan margen para una posible especulación.

b) *Armas y útiles*. Aunque mencionadas más arriba, considerándolas como piezas realmente significativas a la hora de intentar una datación del arte de Monte Bego, distinguiendo, según su tipología entre alabardas, puñales, falcatas, hachas y otros útiles, no puede en manera alguna echarse en saco roto el mismo contenido simbólico que pudieron encerrar como clara corporeización de kratofanías, como lo serán, incluso en horizontes históricos, las llamadas "piedras de rayo". Bajo tal punto de vista y asociadas a los poderes de la divinidad, las armas cobran un significado trascendente que hasta la fecha no ha sido analizado por los especialistas dentro de determinados contextos, y que, en manera alguna habría que descuidar.

c) *Figuras antropomórficas*. Aunque se nos antoje un tanto extraño, su presencia es más bien escasa (un 1%) sobre el conjunto total de los grabados. Aparte de bien conocidas figuras, se incluirán en este apartado otras de homúnculos o pequeños personajes que han sido representados conduciendo arados, blandiendo alabardas, guadañas, puñales u otras armas etc., etc.

Entre las grandes figuraciones más conocidas o divulgadas y a las que incluso se ha querido dotar de un rico simbolismo, confiriéndole en virtud de su contenido antropismo la significación de "metáforas de metáforas", quizá tendríamos que recordar aquí particularmente:

1) "El Cristo". Grabado anatómico que quiere evocar (?) la denominada Santa Faz, venerada en Turín. En realidad es un grabado complejo al parecer derivado de un corniforme basal, que, al ser prolongado o cerrado por la parte superior y, acto seguido, en el espacio interno resultante, trazada una cruz que le ha proporcionado contenido ha surgido una prosopografía esquemática que en cierto modo recuerda la cara atormentada de un hombre provisto de barba y que la imaginación de los viandantes y turistas ha convertido en una presunta Faz de Cristo, tomándole como paradigma.



Las más conocidas figuraciones antropomórficas de Monte Bego y Valle de Las Maravillas. 1. El Brujo o Demonio del Mediodía; 2. El Enmascarado; 3. "El Cristo"; 4. "Le Cou-cou"; 5. El Orante; 6. "La Danzante"; 7. El Cacique (Le Chef de Tribu); 8. "Le Pantin" y 9. "La Cornupete" (Cf. el texto para los distintos pormenores y detalles sobre los mismos).

Según el inventario establecido por H. Lumley y colaboradores:

1: le "Sorcier", ZVIII, GII, R3(4); 2: ZII, GI, R1; 3: le "Christ", ZVII, GI, R4; 4: ZIV, GIII, R9A, 1; 5: Orant, ZVII, GI, R8; 6: la "Danseuse", ZIX, GII, R4, 1; 7: le "Chef de Tribu", ZVII, GI, R8; 8: ZIV, GIII, R16D; 9: ZIV, GIII, R16D.

2) El Brujo (*le Sorcire* o *le Mauvais Genie*). Quizás el más famoso grafismo de toda la región ya que ha alcanzado difusión mundial. Según nuestros particulares puntos de vista es una figura anatópica tardía, surgida de dos corniformes superpuestos en los que, al superior, se le han añadido y a los lados, dos manos extendidas, quizás en acción admonitoria de vigilia o de plegaria a las que al lado y simétricamente se les ha dibujado perpendicularmente dos puñales. Al resultar la figura anatópica un inquietante rostro humano al que no faltan ni los ojos ni el bigote e incluso los dientes, dotándole quizá de una intención apotropaica y de una facha inolvidable. Parece haber sido, por la misma coherencia estilística de su trazo, trazada de una sola vez. De datación desconocida quizá pueda situarse en la Edad de Hierro. Se ha querido ver en la misma por parte del finado F. Benoit y por J. M. Blázquez, una supuesta representación de la divinidad galo-romana Cernunos, presunción que no cabe admitir, pues de la misma manera cabría identificarse con otras deidades de origen ya celta, ya nórdico, del tipo de las que aparecen figuradas en Boshulan y Val Camonica, y que llegarán a trascender a la iconografía cristiana.

3) El Cacique (*Le Chef de Tribu*). Aparece grabado en una roca, al lado de diversas armas, escaleriformes y diversos simulacros, en una roca del caos de bloques del torrente de Las Maravillas. El mismo Bicknell nos ha relatado como descubrió la figuración su criado Pollini durante el verano de 1910, al explorar por vez primera el lugar. "Aquel día, el de este descubrimiento, yo exploraba las pendientes por encima del Lago Inferior cuando oí la voz de Pollini que me llamaba muy excitado: ¡Venid, venid, he topado con la imagen del jefe! No fue fácil ir de prisa. Fue necesario subir y bajar, saltar y gatear hasta llegar a un sitio en el que jamás hubiera yo pensado en mirar. Valió la pena pues finalmente me encontré frente a esta maravillosa superficie grabada"...

En realidad, la roca en que se encuentra grabado "El Jefe de Tribu" es una estela natural, cuya superficie ha permitido ejecutar cuidadosamente varios grabados, a estudiar partiendo de un eje vertical que parece indicar tres puñales alineados de los que dos se presentan opuestos por sus empuñaduras. A la izquierda, se encuentra ya "El Jefe de Tribu" y, a la derecha, un motivo escaleriforme, guardando cierta simetría.

Sobre la significación del mismo se ha especulado mucho, quizá demasiado, dado que al igual que otras figuras antropomórficas ya consideradas, presenta un claro anatópismo, conseguido quizá con la reutilización de algunas de las representaciones. En el caso que consideramos, la figura en cuestión presenta peculiares características, resultantes quizá de la tentativa de representar en la misma, como efemérides significativa, la celebración de un rito misterioso en relación con una iniciación que trae consigo la renovación de la vida. Iniciación que quizá pudiera asimilarse a aquélla impuesta por la religión mithraica, una más que conocerá el Monte Sagrado en el curso de los siglos y de los milenios y que, por su misma naturaleza, nos sitúa ya quizá hacia el siglo I de nuestra era.

Identificada como producto de tal ritual, la figura anatópica del llamado "Jefe de la Tribu", quizá pudiera explicarse en el sentido de considerar a la cabeza de bóvido que aparece inscrita en un rectángulo que ocupa la región torácica del antropomorfo, como situada sobre un bastidor desde el que goteara su sangre derramada al hombre que se ha situado debajo. Y el supuesto puñal que aparece en la misma cabeza vendrá a significar el rito subsiguiente, que tiene asimismo lugar en la iniciación de Mithra.

Para una mejor comprensión del grabado no estaría de más recordar un célebre texto que ha llegado hasta nosotros desde el siglo I y referido a la iniciación de un tal Cayo Tulio Africano:

"Poco después de caer el día me fue retirado el velo blanco y fui tendido sobre una piedra que servía de ara. A la luz de las antorchas vi como se cerraba sobre mí una pesada reja. Sobre esta improvisada pasarela fue colocado un toro y acto seguido el mistagogo, vestido de lienzo color púrpura y blandiendo una espada avanzó hacia el animal. Oí un sordo mugido. Después con un rumor particular cayó sobre mi cuerpo una cascada de sangre que entrando en mi garganta me sofocó. Acto seguido y sobre mis ojos percibí un resplandor rojo a la vez que sentía sobre la frente una insoportable quemadura... Me desvanecí."

La lectura del presente texto quizá nos dé la solución en torno a la identidad del llamado "Jefe de Tribu" del Valle de Las Maravillas. Se trataría de un candidato a ser iniciado en los misterios de Mithra y que lo mismo que Cayo Tulio Africano, recibió la purificación "por la sangre y el fuego", de manos de un mistagogo. Ello explica muy claramente quizá, la presencia del arma blanca, ya que al recibir el *sacramentum*, y de acuerdo con prácticas que nos son asimismo conocidas por un papiro conservado en Florencia, e incluso por una referencia que debemos a Tertuliano en tal ocasión el neofito era tatuado sobre la frente.

Partiendo pues de esta interpretación no puede en manera alguna desecharse que tardíamente y ya en la Romanización, Monte Bego que asimismo había conocido la presencia de rituales que hoy se refieren a la vieja Etruria, pudo conocer la presencia de algún colegio mithraico, cuyos miembros pasarían por los siete grados de iniciación de que nos habla San Jerónimo y que muy bien también pudieron dejar en las distintas esculturas, recuerdo gráfico de sus tránsitos a través de los siete grados conocidos con la simbología inherente a los mismos. Por todo ello, la cuestión del llamado "Jefe de la Tribu" sigue abierta a futuras investigaciones.

4) El Antropomorfo con los brazos de acordeón (*Le Pantin*). Incluido en este apartado, tal figuración ha sido interpretada como un antropomorfo, aun cuando ofrece nuestras más serias dudas, ya que podría ser descrito como un cuerpo vertical muy rudimentario, dotado de una especie de cabeza discoidea sin indicación de rostro alguno, que aparece circundada a modo de corona de un halo, que pende a los lados del presunto cuerpo, terminando en una especie de manos o garras. Todo el cuerpo parece surgir de una especie de figura cuadrangular cuadrada o tectiforme, que hace más difícil, si cabe, su identificación. En la parte izquierda de la presunta cabeza se aprecia una especie de arma. Constituye una de las representaciones más enigmáticas de todo el grupo.

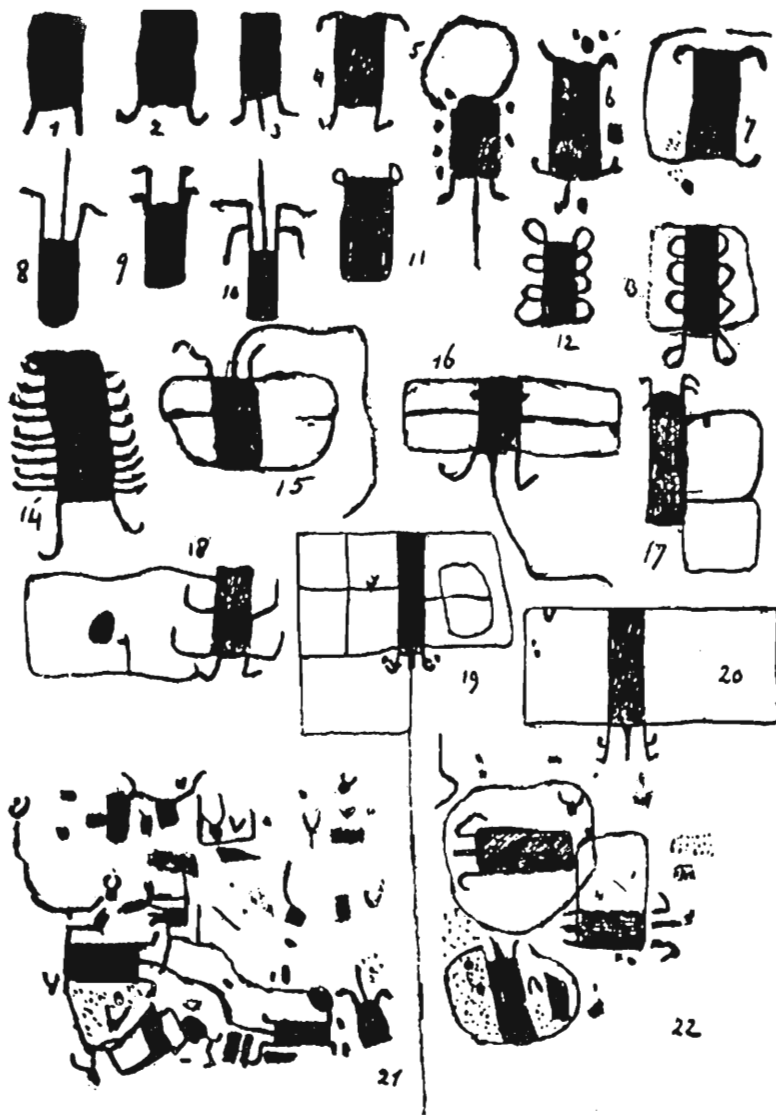
5) El postulante acéfalo cornudo. Se presenta en la misma roca que el anterior, aunque un poco más arriba y a la derecha. Se ha querido ver en la misma un antropomorfo en postura de oración, y con la circunstancia de que presenta resaltada la zona pélvica del cuerpo. Al igual que en otros, a nuestro juicio presenta un carácter anatómico de muy difícil interpretación.

6) La bailarina (*la Danseuse*). Es este otro personaje que ha dado asimismo pie a muy diversas interpretaciones. Su testa aparece constituida por un círculo con un punto central. Los brazos se han marcado separados y el cuerpo no aparece indicado más que por un simple contorno. Las piernas ligeramente arqueadas terminan en pies orientados hacia la derecha. El sexo que presenta le da un carácter itifálico, hecho éste que, por sí solo, nos permite poner en entredicho el nombre que ha venido dándose a esta figuración, que presenta un cierto dinamismo por la forma misma en que está ejecutada, y al que no es ajeno el círculo puntillado que pasando por la mano llega hasta lo alto de la cabeza rodeando el busto.

7) Homúnculos varios. Bajo tal denominación quizá puedan recordarse a las diversas figuras humanas que han llegado hasta nosotros, como representación de agricultores conduciendo yuntas de bóvidos, portando aperos agrícolas, enarbolando armas o guadañas e, incluso, como cornúpetas antropomorfos. Entre las mismas quizá pudiera asimismo considerarse algunas armas de perfil antropomórfico y otros tipos varios entre los que no había que olvidar ciertos reticulados antropoideos cuyo sentido se nos escapa.

d) *Figuras geométricas*. Bajo tal denominación cabe considerar las figuras geométricas propiamente dichas, más o menos identificables e incluso careciendo de significación aparente.

Entre ellas las que más interés nos ofrecen por su posible contenido semiológico son aquellas que Bicknell denominó "*enclos*". Sumando el 14 % de las figuras representativas vienen, sin embargo, a constituir quizá los más controvertidos grabados de Monte Bego en lo que se refiere a identificación, motivación, función y presunta significación. Lo más probable es que en los mismos se contengan simulacros de valor diferente teniendo en cuenta no sólo sus particulares geometrismos, su reticulación e incluso intencionalidad significativa. Por ello, junto a simulacros más o menos esquemáticos cuya significación



Enigmáticas figuraciones (¿figuras geométricas?) calcadas por C. Bicknell, y que fueron identificadas como pieles (Cf. BICKNELL, *Guide*, Lámina XX).

trasciende indudablemente a la dada a los tectiformes y escutiformes que pintaron y grabaron los hombres del Paleolítico y del Neolítico, es posible que nos encontremos aquí con una serie de representaciones de *carácter mandálico*, es decir paradigmas de particulares espacios sagrados que nos dan quizás idea de tentativas de representación en Monte Bego y a partir del Eneolítico, cuya partición o repartición a hacer en el curso del tiempo se ha puesto bajo la voluntad de las fuerzas superiores o de las mismas deidades. Ello no descarta sin embargo, la idea de concepciones naturalistas en relación con figuraciones de partes de un todo en interpretaciones ideológicas, en cierto modo semejantes a las que se dan en el megalitismo de la Europa atlántica como por ejemplo en los petroglifos galaico-portugueses. En este sentido y al hacer válida tal interpretación

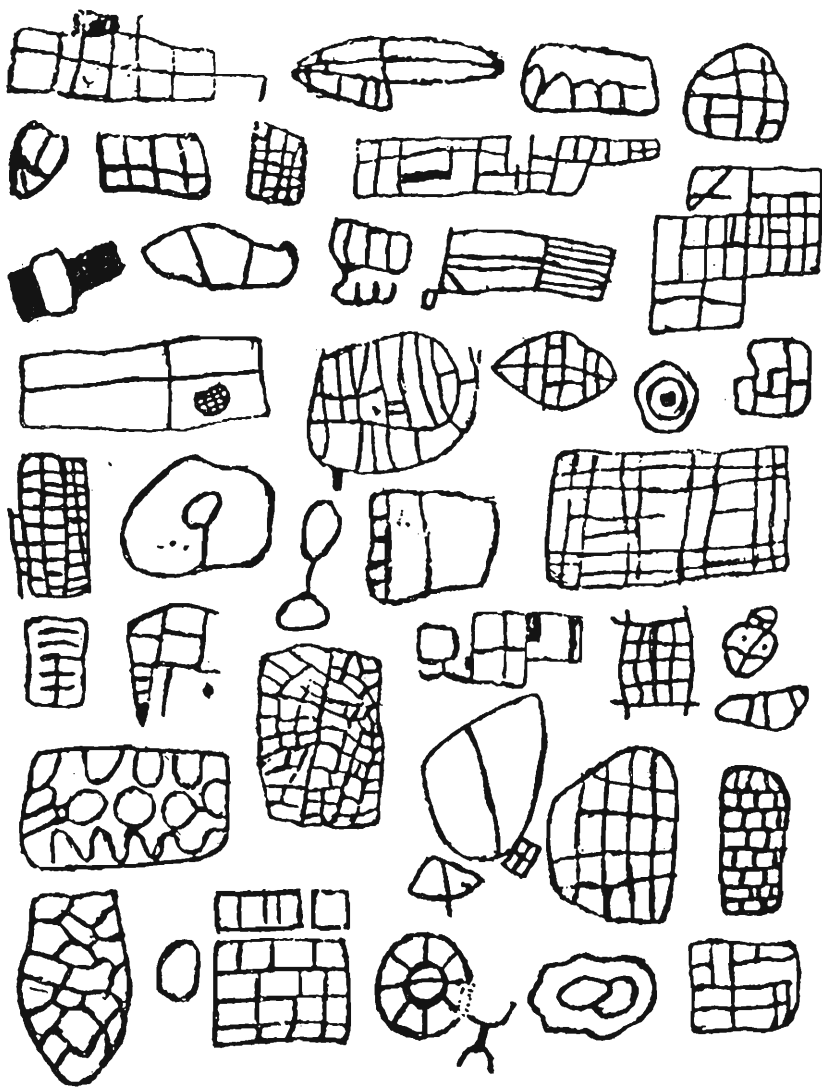


Diversas figuraciones de clasificación controvertida
(Cf. BICKNELL, *Guide*, Lámina XXXVIII)

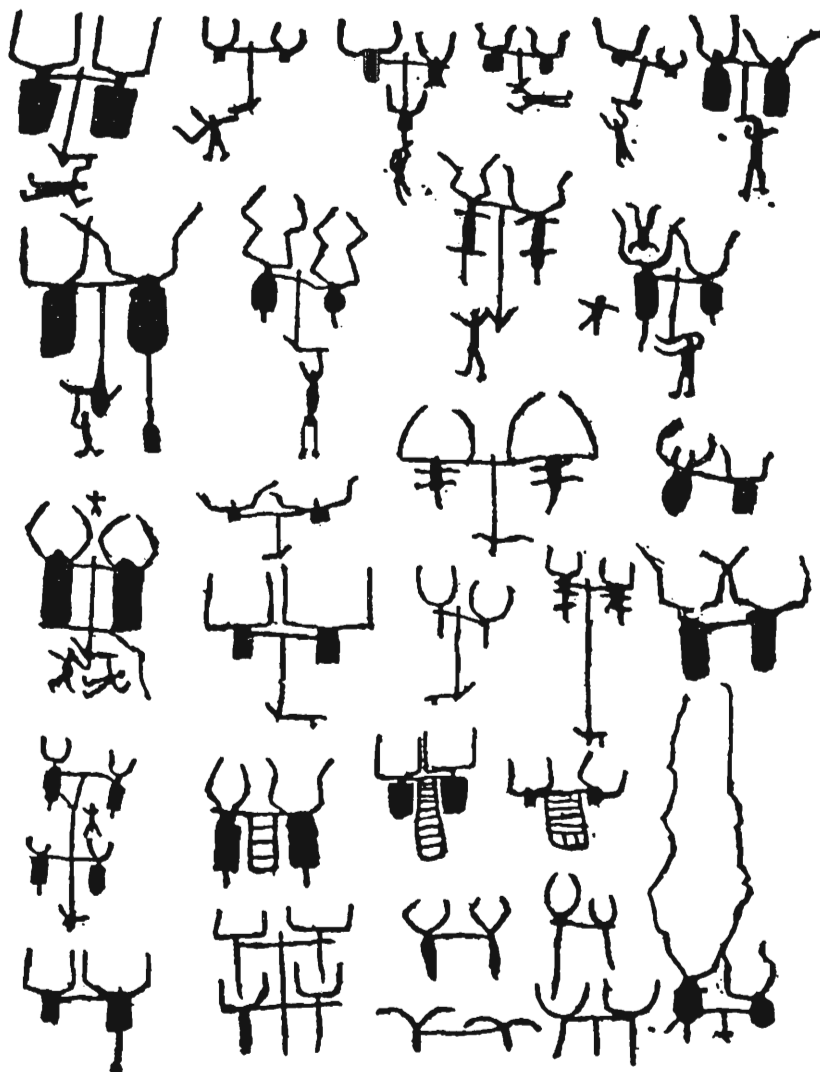
habría que estudiar los regímenes económicos de las gentes alpestres en determinados contextos y horizontes y en un régimen pastoril que busca un aprovechamiento agropecuario de un territorio cuya repartición haya sido sancionado por la voluntad divina. A tal respecto, no nos parecen fuera de lugar ciertas puntualizaciones hechas hace ya algunos años (1955) por el estudioso italiano E. Sereni, al referirse a la constitución del *pagus* en la Liguria antigua y al hablarnos de los llamados *compascua* que eran corrientemente reservados a los habitantes de cada *vicus* para su cotidiano aprovechamiento de pasto, leña, etc., siendo pareja tal cesión a otros aprovechamientos. Esto indudablemente pudo dar lugar a distintas rotaciones y soluciones que pudieron ser expresadas en grafismos y figuras geométricas reticuladas, significando particulares acotamientos y cotos

a la vez que apeos y que nos recuerdan a los términos pastoriles conocidos en la Península Ibérica, concretamente en Galicia y que fueron objeto de un libro no excesivamente conocido, de J. Ferro Couselo, que muy posiblemente habrá de salir en fecha próxima del olvido, no sólo en la revisión a emprender de muchos petroglifos de Portugal y el N.W. hispánico, sino asimismo de las Islas Británicas e incluso de toda la región alpina.

Consideradas bajo tal opción muchas de las figuras geométricas que aparecen en Monte Bego y Valle de Las Maravillas, no puede silenciarse el papel que pudo jugar en su elaboración la presencia en el lugar, de la religión y técnicas etruscas y que cabría situar en el siglo II a. de C., al menos en Monte Bego y Valle de Las Maravillas. Anteriormente se ha hablado de Vegoia o Begoe, un numen femenino al que atribuían diversos textos sagrados, que junto con otros constituyeron el núcleo de la llamada *Etrusca disciplina*, y que integraba tres partes fundamentales que llegaron incluso a ser conocidas por los romanos bajo los nombres de *Libri Hauruspicine*, *Libri fulgurae* y *Libri rituales*.



Diversas "figuras geométricas" según los calcos efectuados por C. BICKNELL.



Diversas representaciones de yuntas con posible significación ritual.
(Calcos de C. BICKNELL)

Los primeros, como su nombre indica, trataban de la interpretación adivinatoria a partir de las entrañas de los animales sacrificados; los segundos se referían a la interpretación del relámpago y fenómenos celestes y los terceros venían a comprender la ordenación y ritual, referida al culto, la consagración de los santuarios, la fundación de ciudades y la división de las tierras.

No sabemos que algún estudioso de los petroglifos de Monte Bego se haya preocupado en intentar integrar las llamadas figuras geométricas dentro del conocimiento esotérico etrusco, lo que posiblemente nos llevaría a una nueva proyección de toda la cuestión, sobre todo al atribuir a los llamados *fulguratores* u oficiantes asimilados a ellos, bastantes de los grafismos geométricos de los que estamos considerando. Por otra parte, más que presuntos *calendarios brontoscópicos*, obra de los mismos e incluso ver en alguna de las figuraciones una especie de borradores en los que los *Haruspides* intentasen

enseñar a los que iniciaban en sus técnicas, su extraño arte de leer en las entrañas de los animales, nos parece significativo que algunos de los grafismos insculpidos en las rocas de Monte Bego, nos recuerden por su misma forma, hígados y otras entrañas de animales en las que los etruscos veían un asiento de la vida como representación micro-cósmica a escala humana del universo celeste. Esta observación nos da indudablemente pie, a disquisiciones que para alguno trasciendan de la misma ciencia, pero a la vez pudiera ofrecer nuevas perspectivas a nuestra indagación.

Tal interpretación de las figuras geométricas como "espacios sagrados" objeto de delimitación por parte de la ciencia etrusca puede incluso recordarnos la labor que siglos más tarde llevaron a efecto los gromáticos o agrimensores romanos, a la hora de efectuar sus divisiones, que muchas veces y ya en época histórica han dado lugar a la ejecución de marcas, inscripciones y simulacros que gentes no avisadas podrían confundir con petroglifos protohistóricos.

e) *Miscelánea varia*. Bajo este último epígrafe podríamos recoger no sólo figuras no representativas, sino diversos simulacros cuyo significado es objeto de muy distintas interpretaciones. Así y entre ellas puntos y puntuaciones, líneas de cúpulas u hoyos, cruciformes, barras y diversas figuras lineales e incluso figuraciones en "phi", pectiniformes, arboliformes, flechas, etc. Por su misma naturaleza se hace difícil el establecimiento de una cronología aun cuando ésta, en alguna ocasión pudiera fijarse en comparación con diversos temas que nos da el arte esquemático eneolítico estudiado hasta la fecha en toda la Europa Occidental, a partir de trabajos bien conocidos de los abates Breuil y Glory, de P. Acosta, e, incluso, en el mismo ámbito de Monte Bego, por distintos tratadistas y por J. Abelanet en el Pirineo Catalán. Todo ello hace que cualquier interpretación que podamos dar aquí a los mismos se presente sujeta a revisión a corto o largo plazo.

Mito y Religión del Toro en el Mediterráneo Occidental

Recapitulando lo expuesto, quizá pudiéramos llegar a una serie de conclusiones que estimamos válidas a la hora de considerar los documentos que nos han ofrecido Monte Bego y el Valle de Las Maravillas, a la vez que entrever el paradigma perdido de una vieja religiosidad que surgió de la eclosión en Occidente, de encontrados idearios de procedencia oriental y que, posiblemente y tras el asentamiento en el Mediterráneo occidental de los ideales de la Revolución agrícola que llegando con el VI milenio a. de C. desde el Próximo Oriente, empieza a fermentar aun cuando sus primeros resultados quizá no los conozcamos hasta el alba del metal.

Hoy en 1980, no cabe empero intentar reconstruir en una pura e ingeniosa ejercitación mental, los mecanismos de difusión cultural que posibilitaron tales hechos, incidiendo en el mismo error de algunos arqueólogos que, hace ahora un cuarto de siglo, nos dieron una visión mejor o peor imaginada de cómo pudieron desarrollarse los supuestos hechos. Arqueólogos, que, sin embargo, nutrieron nuestra primera formación. Así G. Patroni, P. Laviosa Zambotti, V. Gordon Childe y G. Clark, junto con los españoles J. Martínez Santaolalla y J. Sanvalero. En su descargo podríamos decir que los mapas de difusión Oriente-Occidente, que entonces se trazaron de acuerdo con la estratigrafía espacial, no han quedado totalmente obsoletos y hoy aún nos ofrecen motivos de reflexión, a la hora de estudiar las formas de transmisión de los mitos, de los ideales, de los impulsos creadores y de la inventiva humana, auténticos motores de la civilización, cuyo estudio compete a la antropología cultural, dentro del contexto animológico que puedan darle determinados testimonios arqueológicos, y una rigurosa datación absoluta. De esta forma, podrá saberse además de la vida de las culturas, de la migración que pueden conocer ideas y símbolos, y así iluminar el acontecer histórico...

En ese sentido, y de acuerdo con bien acreditadas elaboraciones que han llegado hasta nosotros, puede quizás admitirse que si la Revolución Agrícola proveniente del Próximo Oriente se impone en el Mediterráneo Occidental sobre bases epipaleolíticas

preparadas comunitariamente para la recepción de la cerámica y otras adquisiciones culturales, según parecen haber demostrado en su día M. Sauer, J. Sanvalero, B. Brea y A. M. Muñoz, y acogiendo en distintos puntos y posibilitando nuevas formas de economía, que traen consigo metamorfosis en la semiótica de los grupos.

La llegada, milenios después, de los primeros idearios metalúrgicos, asimismo desde el Mediterráneo Oriental y quizá desde los confines asiáticos y anatólicos pudieron transformar, las formas de producción ya impuestas en todo el Mediterráneo Occidental, a la vez que las bases culturales de sus gentes. Con la primera metalurgia se aportan asimismo dogmas y creencias que difieren un tanto de las del primer paisaje materno de los agricultores. Se da la circunstancia que su llegada quizá sea pareja al desarrollo que en las vertientes atlánticas de Europa conocen ciertos ideales que nutren también nuevas formas de vida en horizontes del Neolítico que han entrevisto el megalitismo, y con él, la forja de un particular ideario religioso que ha hecho del astro diurno en su recorrido diario que le lleva al mundo de los muertos, tras el Océano, la suprema deidad que preside sus vidas. Creencia ésta que choca un tanto con la que se ha impuesto en el mundo agrario y que trae consigo un culto a la Madre Tierra, suprema deidad neolítica cuyo poderoso paredro, a la vez que hijo, el agricultor neolítico del Próximo Oriente se imaginará como un gran toro que vive en un fantástico hipogeo en el que, a veces, se revuelve inquieto provocando cataclismos y maremotos y que, en la mala estación, fuerza el retiro de su esposa y madre. Henos así, a grandes rasgos, ante el gran mito agrario, que cabe entrever en numerosos focos agrícolas del Creciente Fértil, y que en los inicios del Metal conocerá transformaciones y metamorfosis que traen consigo un culto al toro que se vincula a ideales genésicos y de resurrección... Los mismos que vemos expresarse más o menos sintéticamente en Chatal-Huyuc (Turquía) y en Tell Khafaje (Irak), en milenarios santuarios neo-eneolíticos en los que ya vemos asociarse la idea de una divinidad potente y masculina a la imagen de un toro salvaje que domina cielos y tierra. Idea ésta, de la que muy posiblemente surgirán las epifanías taurinas posteriores como gran dios del cielo y de la fecundidad, sea cual fuere la sacra nominación con que es designado en uno u otro ámbito de las Altas Culturas donde se le venera, aunando su fuerza y sacralidad a la de sus atributos entre los que figura siempre su sagrada cornamenta, que pasa así a ser signo decisivo en la simbólica que se impone.

Es imposible el inventariar aquí las hierofanías que desde el VI milenio a. de C., y bajo el signo del dios toro, conocerá todo el Creciente Fértil, desde el Asia Anterior a Ugarit, Chipre y el Valle del Nilo. Sólo subrayaremos que desde el litoral anatólico y sirio-palestino se extenderán por Egipto, Creta, la Hélade, para transferirse ya en la Edad del Bronce, al Mediterráneo Occidental, con Italia, Sicilia, Cerdeña, Córcega, el ámbito balear, el Midi francés, el S.E. hispano, así como la futura Turdetania que se convierten en escenarios de excepción, de la traslación de un ideario que es aportado por los prospectores del metal pero que ahora conoce ya particulares "especializaciones", impuestas posiblemente por la mística de los pastores, con la personificación de hierofanías celestes al dotar a la divinidad por su misma cosmovisión de atributos taurinos, haciendo que la misma reabsorba todas las hierofanías, que se relacionan más o menos directamente con la fecundidad universal.

De esta forma, se configurará un proceso por el que la misma divinidad se asimila la Montaña que se hace su residencia, pero a la vez símbolo de la divinidad celeste suprema "especializada", convertida ahora en divinidad de la fecundidad soberana viril y genésica. En esto seguimos viendo la traslación Oriente-Occidente de ideales asiáticos, anteriores a la ejecución de los petroglifos de Monte Bego, con sus *montes divi* en los que reside la divinidad y se manifiesta a sus fieles: El Templo-Montaña cuyo morador dispone de los elementos y meteoros, llámese Hadad, Baal, Zeus o Mithra... De aquí, que en Monte Bego y con el paso de los siglos se den cita una serie de divinidades celestes más o menos relacionadas con la hierofanía uránica. Divinidades que, a la larga, irán siendo reemplazadas por otras fertilizantes, aunque no por ello desaparezca la misma estructura celeste del símbolo. Por otra parte, al presentarse en cierto modo cercana a los cielos la Montaña se antojara sagrada por dos conceptos: por un lado, al participar

en el simbolismo espacial de la trascendencia (alto, vertical, supremo, etc.), y, por otro, como dominio, por excelencia, de las hierofanías atmosféricas, y en su virtud morada de la divinidad. De aquí, que Monte Bego como tantas montañas del Próximo Oriente se vincule a una deidad en el que las epifanías de la fuerza y de la violencia se presentan como indispensables resortes de las energías que aseguran la estabilidad taurina. Más concretamente, en una epifanía que se expresa en el curso de los siglos en una especialización genésico-aurina, idea que domina durante toda la Edad del Bronce y trasciende incluso al mundo protohistórico. Ello no obsta para que pueda imaginarse al dios toro más o menos vinculado a una Gran Diosa de la que depende en última instancia la fecundidad universal.

A nadie ha de extrañar pues, que de esta confluencia de idearios y con el paso de los siglos y de los milenios el culto que se va imponiendo en el Mediterráneo Occidental y que se manifiesta en Monte Bego nos ofrezca, como última instancia o posibilidad fecundadora, una hierogamia que trasciende al mundo histórico a través de ritos agrarios mejor o peor conservados en Africa del Norte, la Península Ibérica y Sur de Francia, a fundamentarse en el mito primordial de la unión del dios del cielo con la gran madre agraria. Aunque ahora el "hijo" y "padre" de la Gran Madre imaginado como divinidad de la vegetación, sufra una muerte cruenta ritual (la corrida) de la que resucitará con la vegetación. De esta forma, el primitivo drama cósmico-celeste de los primeros metalúrgicos asiáticos pasará a nutrir mitos y rituales mediterráneos impuestos por un horizonte agrario y que descansan en la hierogamia de la diosa madre en un mundo cambiante del que hoy, a finales de la Edad de Hierro, sólo pueden discernirse las ruinas. Culto que, por causas que se nos escapan, ha ido perpetuándose más o menos soterrado o enmascarado a través de sucesivas experiencias religiosas en el curso de los siglos y que indudablemente habrá de conocer claros momentos de decadencia y crisis hasta que, bajo Roma, la misma situación de Monte Bego convierte al lugar en escenario de particulares ritos y liturgias. Como, por ejemplo, las que pudo conocer en el siglo I con los adeptos de Mithra, el temible competidor del naciente Cristianismo.

Estamos cerrando estas páginas por lo que no nos parece oportuno detenernos aquí con detalles sobre un culto que estuvo a punto de convertirse en una religión universal, compitiendo con el Cristianismo que, por lo que sabemos, se apropió de diversos elementos litúrgicos del mismo. Surgido en el Asia Anterior, el culto a Mithra conoce una clara expansión hacia el Occidente desde Anatolia y Frigia a la Hélade y de allí a la Europa Occidental incluida las Galias. En realidad nos encontramos con una penetración en cierto modo similar a la que llevaron a efecto los primeros metalúrgicos que conocieron Monte Bego, dado que siguió, según F. Cumont, las mismas rutas que el tráfico comercial, remontando la Cuenca del Ródano y las vertientes fluviales hasta el corazón de la Europa Central, donde han podido encontrarse sus vestigios en viejas poblaciones galo-romanas. Asimismo se extendería por gran parte de la Península Ibérica y llegaría a la Europa Atlántica llevado por las mismas legiones romanas.

Monte Bego por su misma terrorífica grandeza pudo constituir el templo idóneo a la intemperie para la celebración de ritos mithraicos de intención soteriológica y sacramental. El mismo "chef de tribu" que aparece figurado en una estela natural del Valle de Las Maravillas parece abonar su hipotética interpretación y a la que extrañamente en manera alguna podemos desvincular el papel simbólico asumido por el toro. De esta forma y en el umbral de la historia vemos a Monte Bego convertido en ámbito sagrado de ritos y cultos que llegados de Oriente serían reelaborados en el corazón del Mediterráneo nutriendo sus raíces y las de una civilización aún vigente.

BIBLIOGRAFIA

I. Obras Generales

- ACOSTA, P. (1968): *La Pintura Rupestre Esquemática en España*. Salamanca.
- ALVAREZ DE MIRANDA, A. (1954): "Magia y Religión del toro norteafricano" en *Archiv Esp. Arqu.* XXVII, C.S.I.C. Madrid.
- ALVAREZ DE MIRANDA, A. (1964): *Ritos y juegos del Toro*. Taurus. Madrid.
- ANATI, E. (1980): *Valcamonica: 10.000 Anni di Storia*. "Studi Camuni". Vol. VIII, Capò di Ponte, Brescia. Edizioni del Centro.
- AUTRAN, CH. (1941): *La Prehistoire du Christianisme. I, Autour de l'Asie Occidentale*, Paris, Payot.
- BAILLOUD, G. (1975): *Histoire de la France rurale (cap. Avant l'Histoire)* Ed. du Seuil, Paris.
- BRIARD, J. (1976): *L'Age du Bronze en Europe barbare*. Ed. des Hesperides, Toulouse.
- CLEBERT, J. P. (1966): *Provence Antique. 1. Des origenes à la conquête romaine*. R. Lafont, Paris.
- CONRAD, J. R. (1961): *Le Culte du Taureau*. Payot, Paris.
- CUMONT, F. (1929): *Les religions orientales dans le paganisme romain*. Paris.
- ELIADE, M. (1954): *Tratado de Historia de las Religiones*, I.E.P., Madrid.
- FERRO COUSELO, J. (1952): *Los Petroglifos de Término y las Insculturas rupestres de Galicia*. Orense.
- GAGGIA, F. et alii (1980): *La Preistoria del Lago di Garda*. Museo Civico, Verona.
- GIGLIOLI, G. Q. (1944): *La religione degli Etruschi*. Turin.
- GOMEZ TABANERA, J. M. (1968): "Orígenes de las Fiestas Taurinas". (Cf. *El Folklore español*). Instituto Español de Antropología Aplicada, Madrid.
- JORDA CERDA, F. (1976): "¿Restos de un Culto al Toro en el Arte Levantino?" *Zephyrus*, XXVI-XXVII, Salamanca.
- LAVIOSA ZAMBOTTI, P. (1958): *Origen y Difusión de la Civilización*. Omega, Barcelona.
- KRAPPE, A. H. (1952): *La genese des Mythes*. Payot, Paris.
- MILLOTTE, J.-P. (1970): *Précis de Protohistoire europeenne*. A. Collin, Paris.
- MUÑOZ, ANA M. (1965): *La Cultura Neolítica de los Sepulcros de Fosa*. Barcelona.
- ORTEGA Y GASSET, J. (1954): "Sobre el Arte del Toreo". Epílogo al libro *El Arte del Toreo*, por Domingo Ortega. Rev. de Occidente, Madrid.
- PATRONI, G. (1937): *La Preistoria*, 2 vol., Vallardi, Roma.
- SANVALERO APARISI, J. (1955): *El Neolítico Europeo y sus raíces*, Valencia.
- SAUTER, M. R. (1948): *Prehistoire de la Méditerranée*. Paris, Payot.
- SAVORY, H. N. (1968): *Spain and Portugal*. Thames & Hudson, London.
- SERENI, E. (1955): *Comunita Rurali nell Italia Antica*, Roma, Rinascita.
- SIRET, E. y L. (1890): *Las Primeras Edades del Metal en el Sudeste de España*. Barcelona.
- VERMASEREN, M. (1960): *Mithra, ce dieu mysterieux*. Sequoia, Bruxelles.

II. Bibliografía específica sobre Monte Bego

- ANATI, E.: "Mission archéologique au mont Bégo au cours de l'été 1957", *Bulletin de la Société Préhistorique Française*, t. LVI, 1959.
- BAROCELLI, P.: "Le incisioni rupestri di Monte Bego", *Rivista di Antropologia*, vol. XXXV, anno LVI, 1947.
- BERNARDINI, E.: *Monte Bego. Storia di una montagna*, Edit. C.A.I., Bordighera.
- BERNARDINI, E. *Arte Millenarie sulle rocce alpine*, Milan, Sugarco, Edizioni, 1975.
- BICKNELL, C.: *Guide des gravures rupestres préhistoriques dans les Alpes-Maritimes*, Institut d'études ligures, Bordighera, 1971.
- BLANC, E.: "Etudes sur les sculptures préhistoriques du val d'Enfer près des lacs des Merveilles", *Mémoire de la Société des sciences, lettres et arts de Cannes*, 1878.
- BREUIL, H.: "Comparaison des pétroglyphes du col de Tende et de ceux provenant d'un mégalithe de Hesse", *Archives per l'Antropologia e l'Etnologia*, Florencia, 1928.
- CABAGNO, J.: "Les Ligures et la toponymie des Merveilles", *Nice Historique*, n.º 4, 1970.
- CARDUCCI, C.: "Un bronzo proveniente da Val Meraviglie nel Museo Massena di Nizza", *Rivista Ingauna e Intemelia*, Bordighera, 1939.
- GLUGNET, L.: "Sculptures préhistoriques sur les bords des lacs des Merveilles", *Matériaux pour l'histoire primitive et naturelle de l'homme*, t. VIII, 1877.

- CONTI, C.: "Undici anni di esplorazioni alle Meraviglie di Monte Bego", *Rivista Ingauna e Intemelia*, anno V. 1949.
- CONTI, C.: *Corpus delle incisioni rupestri di Monte Bego*, t. I, I.E.L., Bordighera, 1972.
- DOUBLET, G.: "Statuette de bronze des environs de Tende", *Bulletin archéologique 1908-1909*, Imprimerie Nationale, Paris.
- ESCALON DE FONTON. M.: "Les stratigraphies du Néolithique; les gravures du mont Bégó et la civilisation de la Lagozza", *Bulletin du Musée d'anthropologie préhistorique de Monaco*, 1955.
- FULCONIS, N.: *Drailles du Bégó, val des choses étranges*, Imprimerie Universelle, Turini 1963.
- GOBY, P.: "Le Sorcier du lac des Merveilles et les énigmatiques pétroglyphes des environs du mont Bégó", *Rhodania*, 1929.
- HENRY: "Une excursion au lac des Merveilles près de Saint-Dalmas-de-Tende". "Ancien glacier métamorphosé en monument carthaginois". *Annales de la Société des lettres, sciences et arts des Alpes-Maritimes*, t. IV, 1877.
- HIRIGOYEN, Abbé R. 1978: *La Pierre et la Pensée*, Paris. Lib. Orientaliste Paul Geuthner.
- HIRIGOYEN: *Pétroglyphes des vallées du mont Bégó*.
- HIRIGOYEN: "Les enclos", *Bulletin de l'Institut des Fouilles et d'Archéologie des Alpes-Maritimes*, T. V., 1959.
- HIRIGOYEN: "Les gravures du mont Bégó" et la Paléontologie mentale", *Bulletin de l'I.F.A.A.M.*, t. VI, 1960.
- ISETTI, G.: "Corpus delle incisioni lineari di val Meraviglie", *Revue d'Etudes Ligures*, Bordighera, 1965.
- ISSEL, A.: "Le rupi scolpite nelle alte valli delle Alpi Maritime", *Bolletino di Paleontologia Italiana*, núms. 10-12, 1901.
- LAMBOGLIA, N.: "Les gravures préhistoriques du mont Bégó", *Cahiers d'Histoire et d'Archéologie*, n.º 6, 1947.
- LEMEE, G.: "Contribution à la connaissance de l'évolution forestière post-glacière des Alpes méridionales", "Analyses polliniques dans la Haute Roya", *Compte Rendu de séance de la Société biogéographique*, n.º 234, 1950.
- LUMLEY, H.; FONVIELLE, M. E. et ABELANET, J.: *Livret-guide de l'excursion CI Vallée des Merveilles*, U.I.S.P., Congrès de Nice, 1976.
- LOUIS, M. et ISETTI, G.: "Les gravures préhistoriques du mont Bégó", *Institut international d'études ligures*, Bordighera, 1964.
- RIVIERE, E.: "Gravures sur roches des lacs des Merveilles au val d'Enfer", *Association Française pour l'Avancement des Sciences*, Congrès de Paris, 1878.
- ROSI, G.: "Il sacrario betilico di Mombego", *Arte e Storia*, XXXI, 1912.
- ROSSI E. *Fantastique Vallée des Merveilles. Le testament du mont Bego*, Paris, R. Laffont, 1979.
- ROISIN, DE M.: "Un mystère élucidé: La Vallée des Merveilles: Le culte interdit de Mitra", *Science et Vie*, n.º 603, 1967.
- ROSSI, E. (1979): *Fantastique Vallée des Merveilles*, Paris, R. Laffont.
- VICINO, G. et BERNARDINI, E.: "Scoperta di pitture rupestri a Monte Bego", *Revue d'études ligures*, n.º 1, 1973.